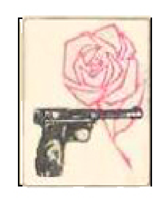


Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Los espías espían a los espías

Llega a Estados Unidos un agente muy peligroso de la Organización para la Unidad Africana (OUA), y aunque en principio dicho agente no parece representar peligro ni incordio alguno para Estados Unidos, es aconsejable someterlo a vigilancia. Así pues, la señorita Margaluz Ríos Hinojosa, una bella negra, se dispone a encargarse de las idas y venidas de dicho personaje, el apuesto Chanko London, que se ha instalado en un lujoso hotel de Miami… Pero Margaluz no es la única en sentir interés por él, hay otros agentes secretos vigilando al señor London, quien a su vez está vigilando a ciertos personajes. Y sucede lo de siempre: mentes criminales están tramando una de las grandes canalladas de la vida. Por fortuna, está allí la bella Margaluz para impedirlo, haciendo bueno el conocido dicho de que los espías espían a los espías.



Lou Carrigan

Los espías espían a los espías

Brigitte en acción - 446

ePub r1.1
Titivillus 17.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Procedente de Tokio tras su última aventura en Siberia[1], la señorita Brigitte Montfort, periodista mundialmente famosa, acababa de llegar al aeropuerto internacional de San Francisco, donde, en breve, tomaría otro avión, que la transportaría por fin a casa, esto es, a Nueva York.

Sin embargo, la señorita Montfort tuvo la intuición de que las cosas se iban a complicar cuando vio a los dos hombres que, discretamente alejados de ella, la contemplaban con una insistencia que superaba la de los demás hombres fascinados por su belleza.

Hasta que, finalmente, como aburrida por la espera, Brigitte se puso en pie, y se encaminó al puesto más cercano de revistas, con la actitud de quien se dispone a comprar algo que distraiga su espera.

Y, en efecto, tal como esperaba, uno de los dos sujetos en cuestión se acercó también al puesto de revistas, se colocó a su lado como quien no quiere la cosa, y susurró:

—Me llamo Simón.

Ella ni siquiera lo miró al inquirir:

—¿Y bien?

—Mi compañero y yo la estábamos esperando. Nos pasaron aviso desde la Central informándonos que llegaría usted procedente de Tokio. Queremos saber si sería comprometido para usted que charlásemos un poco. Tenemos algo que se nos ha ordenado comunicarle.

—¿Qué es ello?

—La frase que nos han facilitado es: algo se está tramando en África.

—En África —murmuró la divina Brigitte—… ¿Quiere decir en toda África?

—No sabemos tanto. Mire, si la estoy comprometiendo demasiado…

Brigitte miró al agente de la CIA que tan preocupado se mostraba por su seguridad, y, de pronto, soltó una carcajada. Compró una de las revistas que había estado hojeando, y se volvió hacia el espía.

—Venga a sentarse a mi lado. Charlaremos como buenos amigos. Y que venga también Simón II —señaló hacia el otro agente de la CIA.

—Pero… ¡No queremos comprometerla! Alguien podría conocernos a nosotros, y se preguntaría qué estaba haciendo la señorita Montfort con dos agentes de la CIA.

—Tal vez se lo preguntasen, pero seguro que encontrarían pronto la respuesta. «¡Caramba!, se dirían, la señorita Montfort tiene amigos hasta en la CIA». Vamos, no sea infantil: a estas alturas ya no temo nada de nadie.

Regresó al sillón de la sala de espera junto al cual había dejado su única maleta y su maletín de viaje, y se sentó. Al poco, todavía un tanto indecisos, llegaron los dos agentes de la CIA, que se sentaron juntos casi enfrente mismo de la periodista-espía.

—¿Qué está pasando en África? —preguntó sin rodeos Brigitte.

Simón I, es decir, el espía que había hecho contacto con ella en el puesto de revistas, sacó un sobre y se lo entregó. Brigitte sacó de su interior cuatro fotografías, todas ellas pertenecientes al mismo hombre, en diferentes tomas. Era un sujeto de raza negra, de más de metro ochenta, de unos treinta y cinco años, facciones agradables y ojos de mirada viva y directa, de expresión un tanto colérica. Tenía el cabello muy rizado. Parecía un formidable atleta.

Brigitte asintió, y miró a sus queridos Simones.

—¿Quién es? —murmuró.

—Se llama Chanko London, y es africano. Hace tiempo que trabaja como agente de la Organización para la Unidad Africana. Es un hombre… peligroso, de gran movilidad y muchos recursos. Ha realizado acciones en toda África desde hace más de diez años.

—Pues empezó muy joven. Vamos a ver… Eso de trabajar como agente de la OUA, ¿qué quiere decir exactamente? ¿Agente de qué o para qué?

—Agente de espionaje y contraespionaje, naturalmente.

—Ah. Bien. Perfecto. Lo he preguntado porque podía haberse tratado de un agente… comercial, cultural, o cosas parecidas. De

modo que es uno de los nuestros, de nuestra profesión. De acuerdo. ¿A qué se está dedicando el atractivo señor London en África?

—No está en África. Ha venido a casa. Quiero decir a Estados Unidos… Está en Miami, concretamente en el Ocean Hotel de Miami Beach, en una *suite* de lujo.

—¿Y qué hace allí?

—Nada. Toma el sol durante el día y daiquiris por las noches.

—Pues si toma tanto el sol se va a poner moreno —hizo Brigitte el viejo chiste.

Los tres rieron. Pero la mirada de Brigitte regresó a las fotografías del tal Chanko London.

—Al decir que es un hombre peligroso ¿qué han querido significar ustedes? ¿Que podría estar tramando algo malo, algo perjudicial para Estados Unidos?

—No, no hemos querido decir eso. Tal vez debimos decirlo de otra manera: Chanko London es el mejor agente de la Organización para la Unidad Africana. Si ésta lo ha movilizado es que se trata de algo realmente importante.

—¿Pero no tememos nada de él?

—Bueno, digamos que en la Central sorprendería bastante que el señor London hiciera algo… improcedente o deshonesto. De lo que sí están seguros en Langley es de que si la OUA ha movilizado de nuevo a London es que está pasando o va a pasar algo. Y claro, si el señor London estuviese tomando esos daiquiris en Ciudad del Cabo, por ejemplo, pues quizá no le haríamos demasiado caso, Pero ha venido a Estados Unidos. No nos gustaría que sucediera aquí algo que pudiera molestarnos o que, en todo caso, pasara desapercibido para nosotros. Demonios, queremos saber qué ha venido a hacer ese tipo en Estados Unidos.

—¿Y no podría ser que, simplemente, estuviese de vacaciones?

Simón I y Simón II se quedaron mirando estupefactos a la señorita Montfort, es decir, a la agente «Baby» de la CIA, la espía más peligrosa, audaz, implacable… y encantadora del mundo.

—¿Vacaciones? —farfulló por fin Simón II.

—Hay mucha gente que va de vacaciones a Miami.

—Chanko London nunca ha salido a trabajar fuera de África. Y si estuviera disfrutando de vacaciones no necesita Miami para nada. En África hay lugares mejores que Miami.

—Oh, no —se pasmó Brigitte—… ¡No me digan eso!

—Bueno, cada cual puede tener su gusto, ¿no?

Brigitte miró de nuevo las fotografías del atleta negro llamado Chanko London. Agente de la Organización para la Unidad Africana.

Bueno, si esta organización movilizaba a su mejor hombre, ¿qué podía significar esto? Pues muy sencillo: estaba ocurriendo o iba a ocurrir algo que podía afectar precisamente a la unidad africana. La cosa no podía estar más clara.

Brigitte volvió a mirar a los Simones.

—¿Se han detectado en Miami algunos hechos especiales? —preguntó.

—No. Por el momento no. Mire, si usted no desea encargarse de esto, porque está cansada del viaje, o por cualquier otro motivo… Bueno, lo cierto es que nuestro jefe de la Central está esperando que le informemos cuanto antes de su decisión. Si usted va hacia Nueva York, él enviará a Miami a otros agentes que…

—Pasen aviso a *Mr*. Cavanagh de que me dirijo a Miami, y que cuando llegue allá quiero que me esté esperando en el aeropuerto un Simón con unas dosis de Blackcolor y las últimas noticias que se hayan producido alrededor de nuestro colega Chanko London… ¿De qué se ríen?

Los dos espías no reían, pero sí sonreían de oreja a oreja.

Simón II explicó:

—Es que tenemos ya su pasaje para Miami. Nuestro jefe nos dijo que seguramente iba a aceptar usted este trabajo, así que…

—Y a nosotros se nos ha ocurrido —intervino Simón I— que puesto que su avión hacia Miami no sale hasta dentro de hora y media tal vez aceptaría almorzar con nosotros. ¡Ya que no le preocupa que la vean con unos agentes de la CIA!

La señorita Montfort soltó una de sus encantadoras carcajadas.

* * *

El avión procedente de San Francisco tomó tierra en el Miami International Airport pocos minutos después de las seis de la tarde, y la señorita Montfort, verdaderamente fatigada de tanto viajar, fue recibida por un atlético muchacho de rubios cabellos y pecoso

rostro que se hizo cargo de su equipaje y la acompañó hasta el coche que tenía en el estacionamiento.

—Le hemos reservado una *suite* en el Ocean Hotel, tengo a su disposición un maletín especial para usted con saludos de Me Gee, y hay novedades.

—Oh, no —se lamentó graciosamente Brigitte—… ¿Significa eso que esta noche no podré dormir tranquilamente?

—Pues no lo sé —sonrió el agente de la CIA, maniobrando para salir del estacionamiento—… El hecho cierto es que han aparecido dos espías más en Miami.

—¿Qué quiere decir que han «aparecido»?

Simón sacó un sobre y lo tendió a Brigitte, que sacó varias fotografías, evidentemente tomadas con teleobjetivo.

Correspondían a dos hombres, uno de claro aspecto anglosajón y el otro de claro aspecto latino. El primero se llamaba, según constaba al dorso de una de las fotografías, Chester Lubbock, y era agente del MI5 británico; el otro se llamaba Néstor Pérez López, y era un viejo conocido adscrito al servicio de inteligencia cubano. Brigitte no conocía de antes a ninguno de los dos, por supuesto; pero si la CIA decía que aquellos dos sujetos eran espías es que eran espías. Punto.

—Está bien —dijo, devolviendo las fotos—, los recordaré. ¿Cómo aparecieron y dónde?

—En Miami, rondando a Chanko London, y de pronto. Simplemente, el minuto antes no sabíamos nada de ellos y el minuto siguiente nos dimos cuenta de que estaba espiando a London.

—Los espías espían a los espías —murmuró Brigitte Baby Montfort—… Muy lógico. ¿Qué clase de gente son Lubbock y Pérez López?

—Todo lo que tenemos contra ellos es que no trabajan en la CIA, sino frente a la CIA.

—¿Son de primera categoría, o segundones?

—Son de lo mejorcito. Especialmente Pérez López. No se fíe de él.

—Hace ya años que no me fío de nadie —murmuró Brigitte—. Bien, es evidente que algo está pasando o va a pasar…, pero esperemos que no suceda esta noche. ¿A qué nombre me han

reservado la *suite* en el Ocean Hotel?

Simón le tendió otro sobre a Brigitte, y ésta, sonriendo, sacó un permiso de conducir a nombre de Margaluz Ríos, ciudadana colombiana, de raza negra. La foto correspondía a Brigitte, pero transformada por la acción del suero Blackcolor, invención de Me Gee, en una bella negra de rizado cabello.

—Francamente —dijo Simón—, me pregunto cómo se las arreglará usted para parecerse a esa Margaluz Ríos. Es negra.

—¿Dónde está el maletín que me han enviado desde la Central?

—En el maletero.

—Pues deténgase un momento, y entréguemelo.

Simón detuvo el coche a un lado de la autopista, fue a abrir el maletero, sacó el maletín en cuestión, y volvió a ocupar el sitio ante el volante, para proseguir el camino, entregando el maletín a su admiradísima Baby. Ésta abrió el maletín, y sonrió al ver todos los trucos perfectamente ordenados y camuflados bajo la apariencia de objetos tan inofensivos cerno un secador para el cabello, barritas de carmín, gemelos de teatro, peine de hueso… Había un estuche dentro del cual se palpaba un líquido. Brigitte pinchó el estuche con una jeringuilla, succionó el líquido, y luego se lo inyectó bajo la piel. Tras la inyección subcutánea la señorita Montfort encendió un cigarrillo, y se dedicó a contemplar el paisaje de palmeras, blancas casas y jardines que se divisaba desde la Airport Expressway.

Apenas tres minutos más tarde, cuando miró a Brigitte, el agente de la CIA, estuvo a punto de salirse de la autovía al ver junto a él a una bellísima negra que le contemplaba sonriente.

—Y lo que más me gusta de esto —dijo Margaluz Ríos— es lo de ser colombiana, porque estoy loca por Gabriel García Márquez.

Todavía no eran las siete de la tarde cuando la señorita Margaluz Ríos Hinojosa se instalaba en el Ocean Hotel, sito en Collins Avenue, de Miami Beach, donde, en efecto, tenía reservada una *suite*, la 402. Sabía que el africano Chanko London tenía la 316, esto es, que no estaba en el mismo piso, pero tampoco había que pedirle milagros a la CIA. Y, por otra parte, quizá convenía no estar demasiado cerca de London, no sólo para no llamar su atención, sino para no llamar la de los dos espías que le vigilaban… ¿O ya no eran dos, y eran más actualmente?

Sí, tal vez fuesen más. Porque Brigitte Baby Montfort sabía que

cuando los espías espían a los espías la cosa no termina con un par de espías, sino con una verdadera multitud de espías espiándose unos a otros.

Es decir, perdiendo el tiempo, porque si resulta que todos están espiando al mismo espía, es decir, al único que sabe lo que se está cociendo, lo práctico es no perder tiempo espiándose unos a otros, sino concentrándose en el espía que sabe de qué va el asunto.

«Yo me entiendo —se dijo la divina espía, mientras se bañaba para relajarse antes de bajar a cenar—… O sea, que si el único que sabe lo que está sucediendo o va a suceder es Chanko London, no tengo por qué perder el tiempo con los demás. Lo malo es que si me dedico a London los demás se van a fijar en mí…, y eso ya me gusta menos. Habrá que buscar una solución a este pequeño dilema».

Una hora más tarde, la señorita Margaluz Ríos se hallaba cenando en el restaurante del hotel; cuando entró el atlético Chanko London, negro africano de mirada casi colérica que, al parecer, no se fijó en ella. Tampoco pareció que Margaluz se fijase en London, así que cada cual cenó por su lado, cada cual sin compañía, y, tras la cena, que terminó primero, el señor London abandonó el restaurante y acto seguido el hotel.

La señorita Ríos hubiera querido seguir al señor London, pero la verdad era que estaba muy cansada, de modo que se retiró a su *suite* a descansar.

Cuando se dejó caer en la cama Margaluz suspiró satisfechísima. Se iba a pasar la noche durmiendo como un angelito, reponiendo sus energías, y despertando así al día siguiente dispuesta a todo.

En cuanto a lo que hiciera el señor Chanko London, no había problema: ¿acaso no le estaban vigilando el cubano Pérez López y el británico Chester Lubbock?

Claro que sí.

Lo cual era normal, porque ya se sabe: los espías espían a los espías.

Capítulo II

Las cosas cambiaron cuando la señorita Margaluz Ríos Hinojosa apareció aquella mañana en la playa privada del Ocean Hotel de Miami Beach. Hasta ese momento no se podía decir que fuese un lugar desagradable, ni mucho menos, pero todo mejoró.

Cierto que había chicas guapísimas y encantadoras en bikini, nadando, riendo, tomando el sol, haciendo monerías y tirándose pelotas de colores… Cierto. Había muchas chicas y muy guapas. Las había de todas clases: rubias, morenas, pelirrojas, trigueñas, y hasta un par de negras.

Pero las cosas cambiaron cuando apareció la señorita Ríos, porque nada más viéndola caminar en busca de un lugar donde tenderse a tomar el sol ya era un privilegio. Y cuando se quitó el albornoz amarillo y quedó con un bikini igualmente amarillo contrastando con su tersa y reluciente piel de un negro dorado, el aliento de los hombres se cortó.

Incluso el de Chanko London.

Éste, que se hallaba incorporado en aquel memento en una de las extensibles, fumando, protegidos sus vigilantes ojos por lentes de sol, sintió un tremendo vacío en el estómago al ver aquel cuerpo espléndido, prácticamente desnudo, pues el bikini no podía ser más reducido. Una cintura esbeltísima, unas caderas perfectas, unos pechos gloriosos, y unas piernas absolutamente maravillosas servían de pedestal al más bello rostro de negra que el señor Chanko London, agente de la Organización para la Unidad Africana había visto en su vida.

Así que, inmóvil, con el cigarrillo en los labios, y aprovechando que nadie podía ver sus ojos gracias a los oscuros cristales de sus gafas de sol, el señor London se quedó mirando la señorita Ríos, por supuesto sin que se notase, pues tenía la cabeza vuelta ligeramente hacia otro lado.

Pues vaya con la negrita.

Pues vaya.

La había visto la noche anterior en el comedor, claro que sí, pero aunque le pareció muy bella ahora se lo parecía más. Tal vez porque el sol confería a su piel una tonalidad y una vitalidad embellecedoras. Tal vez porque verla casi desnuda era, ciertamente, más estimulante que verla vestida…

Y ahora ella se acercaba a él.

Iba directa hacia él.

Chanko estaba tan absorto precisamente contemplándola que ni se le ocurrió que ella iba hacia él. Cuando lo comprendió, ella ya estaba a su lado, con un cigarrillo entre los dedos, pidiéndole fuego.

—¿Qué? —mascullό Chanko.

—Que si sería usted tan amable de prestarme su encendedor.

Tenía una voz deliciosa. Deliciosa. Chanko miró hacia donde ella había dejado su albornoz y su bolso de playa, junto a la extensible que sin duda pensaba utilizar para tomar el sol y relajarse a fin de gozar de uno de los mayores placeres de la vida: no hacer nada.

—Con gusto —asintió Chanko, con su inglés perfecto de Oxford —. A cualquiera puede ocurrirnos eso.

—¿Ocurrirnos… qué? ¿A qué se refiere?

—A olvidarse el encendedor.

—Ah. Sí, claro. Pero yo no me lo he olvidado.

Chanko London, que acababa de sacar su encendedor de la bolsa, y se disponía a ofrecer la llama a la espléndida negra, se quedó quieto, mirando los grandiosos ojos negrísimos.

—¿No?

—Claro que no. ¡Qué tontería! Yo siempre voy bien equipada por la vida. ¿A quién se le ocurre salir a la playa dispuesta a pasar toda la mañana y llevar cigarrillos pero no llevar encendedor?

—Lo que usted dice es muy consecuente —asintió el africano—. Pero no lo es el hecho de que, teniendo encendedor, venga a pedirme fuego a mí.

—Ya lo creo que es consecuente. Vamos a ver: ¿usted se ha dado cuenta de que yo soy negra?

—Más bien sí —empezó a sonreír Chanko.

—Pues yo también me he dado cuenta de que es usted negro. Y no es que tenga nada contra los blancos, pobrecillos, porque allá

cada cual, y Dios es el padre de todos, ¿verdad? Pero aunque todos seamos igualmente hijos de Dios, ¿qué quiere usted?, yo prefiero a los negros. Y cuando le he visto a usted, con ese tipazo, esos músculos, y en fin toda esa facha tan imponente e interesante, me he dicho: Margaluz, a ese negro te lo tienes que ligar esta mañana. Y aquí me tiene usted, haciendo lo posible por conseguirlo. ¿Está usted solo en la vida?

Chanko London, que había quedado estupefacto, reaccionó de pronto. Soltó una carcajada, y contestó:

—Solo en la vida, no; pero sí estoy solo en Miami.

—¡Caray, qué suerte! Igualito que yo. ¿Usted cree en la casualidad?

—No.

—Vaya por Dios… ¿Y en el destino de las personas?

—Tampoco. Creería en el destino si alguien me demostrara que lo conoce de antemano; pero eso de decir «era su destino» cuando ya se ha cumplido, y por tanto todos lo han visto, es demasiado fácil.

—Pero usted debe de creer en algo, ¿no?

—Por supuesto. En miles de cosas.

—¿Por ejemplo?

—¿Quiere usted fuego o no?

—Oh, sí… ¡Naturalmente!

Chanko accionó por fin el encendedor, Margaluz prendió su cigarrillo, se miraron, y, de pronto, se echaron a reír.

—¿Qué le parece si coloco mi tumbona junto a la suya? —propuso el atleta de la OUA.

—Me parece estupendo.

Chanko se puso en pie, agarró la extensible como si fuese un estuche de cerillas, y fue a colocarla junto a la de Margaluz, que se sentó de lado en la suya. Chanko fue a por su bolsa, encendió un cigarrillo, y se sentó dando frente a la bellísima negra.

—Chanko London —se presentó—. Africano de vacaciones en Miami.

—Margaluz Ríos, colombiana de vacaciones en Miami… ¡Cielos, es usted africano! ¡Qué exótico!

—¿Le parece un exotismo ser africano? —se sorprendió Chanko.

—Ya lo creo. Es que… ¿sabe?: ¡nunca había visto un negro

africano!

Las carcajadas de Chanko London retumbaron en la playa. Se quitó los lentes de sol, dispuesto a no dificultar en absoluto la contemplación de aquel rarísimo ejemplar de ser humano que, además de ser bella, era simpática. Lo nunca visto, O pocas veces visto.

—Me parece —movió la cabeza Chanko— que usted no está muy fuerte en Historia, señorita Ríos. ¿No sabe que los negros americanos son descendientes de los negros africanos?

—¡Pero qué dice usted…!

—Se lo aseguro. A usted nunca la engañaría.

—¿De verdad? ¿Por qué no?

—Porque acabo de enamorarme, así que no podría mentirle.

—¿Se ha enamorado de mí?

—Efectivamente. Y además, como un loco.

—¿No podríamos dejarlo en un ligue normal y corriente? Es que eso de andar por ahí enamorada no me va nada, nada, nada. Estuve enamorada anteriormente, y lo pasé fatal. Desde entonces prefiero la amistad.

—Comprendo.

—Pues estupendo —sonrió Margaluz—… Y dígame: ¿en qué cosas cree usted?

—Pues precisamente creo en la amistad, por ejemplo. Claro que también creo en el amor. Y no digamos en el sol. En fin, creo en tantísimas cosas que sería larguísimo mencionarlas.

—¿Y en qué no cree?

—Pues, por ejemplo, en los viajes espaciales.

—¿Por qué? —Abrió mucho los ojos Margaluz.

—Porque no se nos ha perdido nada allá arriba, y sí muchas cosas aquí abajo. Ya sé, ya sé, la Ciencia es la Ciencia, lo que se aprende investigando el espacio se utiliza luego en la Tierra… Ya sé. Pero si usted se diese una vuelta por África y viese lo que he visto yo seguro que no le importarían unas cuantas fotos de Marte o saber que en Plutonio no llueve jamás.

—Quizá tenga razón —murmuró Margaluz—… ¿A qué se dedica usted?

—A vivir y dejar vivir.

Margaluz rió.

A cierta distancia, y separados uno de otro, dos hombres contemplaban la escena entre intrigados y desconfiados. Uno de ellos, más bien bajito, moreno y con bigote caído, se llamaba Néstor Pérez López, y era un espía cubano. El otro, alto y rubio tirando a pelirrojo, se llamaba Chester Lubbock, y era un agente del MI5 británico.

—Es una ocupación interesante —dijo la colombiana—, y no crea que todo el mundo sabe hacerlo. La mayoría de la gente se pasa la vida protestando por su vida y amargándole la vida a los demás.

—Triste pero cierto —asintió Chanko—. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

—A pensar en a qué podría dedicarme.

Chanko volvió a reír. No se inmutó en absoluto cuando, desde una distancia que se consideraba la adecuada dentro de los cánones del espionaje, el cubano Pérez López les tomó una fotografía con una microcámara que debía de hacer maravillas en la distancia y en la luz. El británico se estaba comportando más discretamente.

—No me diga —regresó toda su atención a Margaluz— que es usted la hija predilecta de un rico petrolero colombiano, que le paga muy a gusto sus viajes, excentricidades y caprichos diversos.

—Bueno, exactamente la hija no lo soy… Digamos que me mantiene un rico personaje colombiano que me ha dado un mes de vacaciones porque él ha tomado las suyas anuales, y, claro, tiene que hacerlas con la familia. No sé si me he explicado.

—Me parece que sí —frunció el ceño London—. Y tengo la sensación de que su amigo no puede olvidarla fácilmente.

—¿Por qué dice eso?

Chanko señaló hacia el camarero del hotel que se acercaba a ellos con un teléfono sin cable. Iba tan directo hacia los dos que no cabía pensar que pudiera dirigirse a otra persona en última instancia.

—La pregunta es: ¿desde dónde la llama?

—Desde ningún sitio, porque no le dije que venía aquí —replicó Margaluz.

Y debía de ser cierto, porque cuando el camarero se detuvo ante ellos no tendió el teléfono a Margaluz, sino a Chanko.

—Una llamada para usted, señor London.

Éste frunció el ceño, tomó el aparato de corta antena, e inquirió:

—¿Sí?

—De acuerdo. —Chanko colgó y devolvió el teléfono al camarero—. Gracias.

El camarero apenas parpadeó; recuperó el aparato y se alejó. Margaluz contemplaba estupefacta a London.

—Caray —exclamó—… ¡Usted no se arruinará pagando recibos de teléfono, querido!

—¿Tiene usted coche? —preguntó él.

—Pues sí… Es decir, espero tenerlo. Ayer al llegar encargué que me alquilaran uno para poder ir de un lado a otro con independencia, y que yo sepa esta clase de servicios nunca fallan en hoteles de esta categoría.

—De modo que tiene usted coche. ¿Le gustaría dar un paseo conmigo?

—¿En coche? Bueno, preferiría darlo en yate por el hermoso mar de mis amores, pero qué le vamos a hacer… Oiga, su conversación telefónica ha sido de lo más chocante, ¿no le parece? ¿Le ocurre algo preocupante?

—Sólo se trata de que tengo que ir con urgencia a cierto lugar donde me están esperando, pero terminaré enseguida…, y prefiero llevarla a arriesgarme a que me haya olvidado cuando regrese.

—¡Mi memoria no es tan mala! —rió Margaluz.

—Mejor todavía. ¿Puede esperarme delante del hotel dentro de diez minutos, con el coche?

—Pues sí, pero…

—De acuerdo entonces —cortó él—. Gracias, Margaluz. Y hasta ahora. No se entretenga, por favor.

Ella asintió. Él se puso en pie, y fue rápidamente hacia el interior del hotel. Margaluz recogió sus cosas tras ponerse el albornoz, y fue en pos del africano…, dejando atrás dos espías expectantes.

Ocho minutos más tarde, ataviada con un encantador vestido de tono azul pálido, la señorita Ríos Hinojosa salía del hotel por la puerta principal, ante la cual esperaba el coche que, en efecto, le habían alquilado a primera hora de aquella mañana, conforme a su encargo de la noche anterior.

Margaluz se sentó ante el volante, encendió un cigarrillo, y miró

su relojito de pulsera.

Siete minutos más tarde Margaluz Ríos se negaba a admitir la realidad de lo que le había ocurrido a ella. Cielo santo, ¡a ella! La habían engañado.

No podía terminar de creérselo. ¿Podía ser que Chanko London le hubiese dado esquinazo de aquel modo tan desconsiderado? Claro que no. Debía de estar entretenido con algo dentro del hotel, naturalmente. Y dispuesta a asegurarse de esto la señorita Ríos salió del coche y entró en el hotel… del cual salía cinco minutos más tarde, convencida plenamente de que el señor London la había dejado con dos palmos de narices.

Cuando se inclinaba para entrar de nuevo en el coche vio al hombre sentado en la parte posterior, y que le sonrió amistosamente.

—No sé si es usted su cómplice, pero yo diría que sí —dijo calmosamente el sujeto rubio, que no era otro que Chester Lubbock —. De modo que no se complique la vida, ponga el coche en marcha, y busquemos un sitio donde poder conversar tranquilamente.

—Pero… ¿qué significa esto? —exclamó Margaluz—. ¿Quién es usted?

—Chester Lubbock, espía británico con residencia en las Bahamas. Y ahora, prenda, haga lo que le he dicho si no quiere que las cosas se compliquen y usted salga lastimada. ¿Qué prefiere? ¿Una patada en el sexo o un tiro en un pezón?

—Usted es un maníaco sexual.

—Y de muy mala leche, por cierto —asintió Lubbock.

Margaluz se sentó ante el volante, dio el encendido, y partió.

—¿Adónde quiere que vayamos? —preguntó.

—¿Conoce Miami?

—Muy poco. Soy de Colombia.

—No me diga… Bueno, le iré indicando el camino hacia Watson Park. No es nada complicado: sólo tiene que bajar por Collins Avenue hasta la Calle Quinta, y girar a la derecha por esta calle para seguir por Mac Arthur Causeway. Cuando deje de ver mar a ambos lados y empiece a ver arbolado estaremos en Watson Island. Entonces nos detendremos en un lugar tranquilo, poco frecuentado. ¿Le gustaría que la violase?

—No.

—Lástima.

—Si me gustase ya no sería violación.

—Lo decía porque hay gente a la que le gusta la cosa violenta, le encanta la gresca, ¿comprende? La habría complacido muy bien. Es que me ha gustado eso de que soy un maníaco sexual: nunca me lo habían dicho antes.

—Yo tampoco había tratado antes con espías.

—No haga chistes malos, por favor. Mire, a usted y a mí nos ha dado esquinazo Chanko London, así que podemos unirnos a ver qué sacamos en claro. O eso, o es usted amiga de él y le ha ayudado a distraerme mientras él salía del hotel por otro sitio tras recibir esa llamada telefónica. Tanto si es una cosa como si es otra, créame: sea simpática y sincera con el buen Chester, y todo terminará bien. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Por qué sigue usted a London?

—Porque pasó por Nassau, lo identificamos, supimos que iba a venir a Miami… y se me asignó el trabajo de averiguar qué podía estar haciendo en los Estados Unidos de América el mejor agente de la OUA. Y es que para eso espía uno, ¿sabe?: para enterarse de las cosas que los demás quieren mantener ocultas.

—Señor Lubbock, tal vez sea usted un maníaco sexual, pero pocas veces en mi vida he conocido a nadie que dijera una cosa con tanto sentido común. Vamos, que los espías espían a los espías, ¿no es así?

—Exactamente —asintió con entusiasmo el británico.

—Tal vez sea por eso que nos está siguiendo un coche a cuyo volante, si no me equivoco, debe de ir nuestro colega cubano, el bigotudo Pérez López.

—¡Me cago en…! ¡Maldito sea!

—No tiene por qué enfadarse tanto. El señor Pérez también tiene derecho a espiar.

—No, si no protesto porque nos siga a nosotros. Lo que me ha cabreado es que si él nos sigue a nosotros es que también ha perdido de vista a London, y se ha agarrado a nosotros para consolarse.

—O sea —murmuró la señorita Ríos— que el señor London se ha desembarazado limpiamente de los tres: usted, el cubano y yo

misma.

—Todavía no me creo que usted no sea amiga de él. Eso lo dilucidaremos cuando detenga el coche en un lugar adecuado para una conversación… digamos a todos los niveles. Y se lo advierto: a mí no me impresiona que usted sea una mujer y además una tía buena como para comérsela a mordiscos aunque sea sin sal: si hace alguna tontería le meto una bala donde pueda. ¿Entendido?

—Es fácil entenderle a usted: tiene la boca muy grande y dice las cosas con toda claridad. Ya me dirá dónde quiere que pare.

Capítulo III

—Pare ahí, a la derecha. Y apague el motor. A ver si conseguimos que no nos vea el cubano.

Margaluz sacó el coche de la autovía, adentrándose por el desvío que penetraba en el pinar. Era un lugar muy visitado, pues a poca distancia de allí, cerca de la costa norte, estaban los famosos Jardines Japoneses, pero en aquella parte, más hacia el centro de la isla, y a la hora del almuerzo que se aproximaba, era poco probable que encontrasen gente.

Finalmente, a la sombra de unos pinos, Margaluz detuvo el coche, apagó el motor, metió la mano derecha entre sus muslos, despegó la pistolita que llevaba en el izquierdo sujeta con una tira de esparadrapo color carne, y se volvió hacia el asiento posterior, apuntando amablemente a Lubbock con la pistola al centro de la frente.

—Sea sensato —pidió la preciosa negra.

El británico miró la pistola, parpadeó, y miró de nuevo los ojos sonrientes de la muchacha de ébano.

—Maldita sea —masculló.

—Tranquilo. Son cosas que pasan, y usted no es más que uno de tantos que creen que dominar a una mujer es tan fácil cerno hacerle el amor. Ahora vamos a salir del coche los dos, a ver si podemos darle una sorpresa al cubano. Ponga las manos sobre la cabeza y salga después que lo haya hecho.

Chester Lubbock puso las manos sobre su cabeza, esperó a que Margaluz saliese del coche sin dejar de apuntarle, y lo hizo él.

—Baje las manos y cierre la portezuela —ordenó la negra.

Lubbock bajó las manos…, y en el acto recibió en la cabeza el golpe con la pistola. Tuvo la sensación de que aquélla explotaba bajo el fragor de un trueno que se llevó la luz del mundo, y eso fue todo. Margaluz empujó al británico dentro del coche, y lo colocó

sentado en el asiento posterior de nuevo…

Unos tres minutos más tarde aparecía en escena Néstor Pérez, caminando cautelosamente y acercándose al coche de Margaluz por la parte de atrás. Desde allí, podía ver la parte posterior de la cabeza del británico, pero no veía a la muchacha negra. Tras breve titubeo, el espía cubano se desplazó velozmente hacia el coche, siempre por detrás, y se encogió junto a la matrícula.

No oía nada. Cabía esperar oír algo de la conversación que pudieran estar sosteniendo la negra y el británico, pero no se oía nada.

Nada en absoluto.

Ni una palabra.

Lentamente, Pérez se fue incorporando. Vio la nuca del británico, que permanecía en la misma postura. Pérez López apretó de pronto los labios, fue rápidamente a abrir la portezuela derecha trasera, y se quedó mirando al desvanecido agente del MI5. Ni rastro de la preciosa negra, claro. Instintivamente, Néstor Pérez metió la mano bajo la axila izquierda, tocó la pistola…, y quedó como petrificado al oír la voz en alguna parte detrás de él:

—Yo no lo haría, forastero.

El espía cubano volvió a apretar los labios con aquella característica mueca de contrariedad. Retrocedió un par de pasos y alzó los brazos ostensiblemente, abriendo bien las manos.

—¿Para quién trabaja usted? —preguntó, sin volverse—. ¿Es amiga de London o también lo está controlando?

El golpe de pistola en la cabeza llenó su interior de un calidoscopio fulgurante de luces… que se apagaron de súbito.

Poco después, maniatado con su propia corbata y amordazado con una tira de esparadrapo que le ocasionaría más adelante problemas con su bigote, Pérez López era arrojado al suelo entre los pinos…, donde se le unió a los pocos segundos el igualmente empaquetado agente del MI5.

Todo el mundo sabe que las mujeres no son de fiar.

* * *

Había dos mujeres a bordo.

Es decir, había por lo menos dos mujeres a bordo; quizás

hubiese más, pero de momento London sólo veía aquellas dos espléndidas negras, una de ellas más bien mulata, que conversaban aburridamente en la cubierta de popa del yate.

Un yate blanco, de casi veinticinco metros de eslora, cuyo nombre era Marfil, y cuya tricolor bandera verde, blanca y azul sólo podía ser de Sierra Leona, el pequeño país del occidente africano. Estaba anclado en Yatch Basin, relativamente cerca del Miami City Hall. Salvo las dos mujeres no se veía a nadie más. Chanko London, que las estaba mirando desde dentro de un coche, utilizando prismáticos, dijo, con sorna:

—Están locas por bajar a tierra.

—No me extraña —dijo el hombre que estaba con él dentro del coche—… Está claro que ellas no salieron en el yate de Freetown, es decir, que no son de Sierra Leona. Seguramente las han alquilado en Cuba o en las Bahamas para gozar un poco con ellas y darle al viaje más naturalidad.

—O sea, que son un par de putas.

—Hombre, dicho así… Pero bueno, supongo que sí, aunque sean de las caras. Deduzco que son caras porque están muy buenas. Y las mujeres, cuanto más buenas están, más te cobran.

London asintió, manteniendo en sus labios apenas abultados una seca sonrisa sarcástica.

—¿Los has visto a ellos? —preguntó.

—No. Pero han de estar ahí dentro. Todas las previsiones se están cumpliendo, así que no veo por qué ellos no habrían de estar en el yate.

London bajó los prismáticos, y miró a su compañero Alder Maoko, un negro alto, grueso y de aspecto bonachón que debía de rondar los cincuenta años.

—¿Sabes cuándo es el momento de desconfiar en asuntos de espionaje, Alder?: cuando todas las previsiones se van cumpliendo.

—Ya sé que el maestro eres tú, y que yo sólo soy un relleno en estos asuntos, pero de cuando en cuando las cosas ocurren de modo normal y lógico.

—Eso también es verdad. Pero nunca te fíes. Tú nunca has sido ni nunca serás un buen espía porque eres demasiado buena persona, así que ve con cuidado. A las buenas personas se las cargan las malas personas.

—Tampoco soy presa fácil —gruñó Maoko.

—Ve con cuidado. Sobre todo no te acerques a mí a partir de este momento. Por una vez he conseguido desembarazarme de las personas que me están vigilando, pero a partir de ahora no se descuidarán. Así que no quiero que te vean conmigo, porque si a mí me ocurriese algo quiero que sigas vigilando a Mathiesson y Madinga mientras la OUA te envía otro agente de acción. ¿De acuerdo en esto, Alder?

—Sí, de acuerdo.

—Bien. Sigue vigilando el yate. Si zarpan, avísame inmediatamente sea como sea. Pero si el yate permanece anclado ahí limítate a ir tomando fotos de todas las personas que hay en él o que lo visiten. No hagas nada más, Alder: el resto déjalo para mí.

—Que sí, hombre. Pero… ¿qué piensas hacer?

Chanko apretó un instante los labios antes de decir fríamente:

—Yo sabré lo que se tenga que hacer en el momento oportuno. Si Madinga y Mathiesson salen del yate, síguelos. Pero con cuidado.

—¡Que sí, coño! ¡Yo también sé lo que tengo que hacer!

—Mejor.

Chanko London devolvió los prismáticos a Maoko, y salió del coche. Un par de minutos más tarde tomaba un taxi en Clipper Circle y le pedía al conductor que lo llevara al Ocean Hotel. London no creía en milagros, pero de cuando en cuando se produce alguno. Y tal vez en esta ocasión se produjera. El milagro tendría que ser el siguiente: que sus colegas, desorientados por haberlo perdido de vista, lo estuvieran buscando por ahí, es decir, que no estuvieran en el hotel o en sus cercanías; en cuyo caso, él haría su equipaje en un minuto y se marcharía del Ocean, instalándose en cualquier otro sitio que le sirviera de base de operaciones para vigilar el yate Marfil.

Había sido mala suerte que le detectaran al pasar por Cuba y por Nassau, pero tampoco había que sorprenderse demasiado: un hombre como él, conocido por sus buenos servicios prestados en muchas ocasiones nada menos que a la OUA, tenía que ser una presa interesante de rastrear para cualquier espía digno de ese nombre.

Y en definitiva, todo lo malo tal vez quedaría reducido a tener que hacer alguna alianza con sus colegas. No le gustaba, pues

estaba acostumbrado a trabajar solo, pero peor se está muerto que mal acompañado.

Llegó al hotel casi a las dos, cuando ya todo el mundo había almorzado y él sentía apetito. Pero había algo mucho más interesante que comer, en aquellos momentos: se había dado cuenta perfectamente de que ni el británico ni el cubano estaban por allí, y, en cuanto a Margaluz Ríos, el conserje le dijo que no estaba en su *suite*.

¿Sería posible que se hubiese producido el milagro?

Chanko subió a toda prisa a su *suite*, entró en ésta dispuesto a hacer la maleta en medio minuto…, y recibió por detrás un golpe en un lado del cuello. No fue doloroso. Fue extraño… Tuvo la sensación de que le sobrevenía una súbita parálisis, de que todo se oscurecía en un instante, y ni siquiera se dio cuenta de que rodaba por el suelo,

* * *

Lo primero que vio fue el techo y el resplandor de la luz solar. Inmediatamente supo que estaba tendido en el suelo. Se sentó, con poderosa flexión del torso, y entonces quedó ante las esbeltas piernas de Margaluz Ríos, que, sentada en un sillón, le contemplaba amablemente sosteniendo en la mano derecha una pequeña pistola.

—Admite que te ganaste el golpe: no es educado darle esquinazo a una dama.

—Tú no eres una dama —gruñó London, tocándose el cuello en busca de algún desperfecto evidente—… Tú eres una espía.

—¿Te parece que es incompatible ser una dama y ser al mismo tiempo una espía?

—¿Con qué me has golpeado?

—Con la mano, pero en un punto adecuado para suplir la falta de fuerza.

—No me vengas con el cuento de la fragilidad femenina —la miró torvamente London.

—Creí que eso consolaría un poco tu rabieta masculina por haber sido abatido de un solo golpe por una sola mujer. Bien: ¿dónde has estado?

—En la Luna.

—No lo creo —sonrió Margaluz—, porque tú mismo me dijiste esta mañana que no te gustan los viajes espaciales. Chanko, vamos a poner las cartas sobre la mesa. Yo sé quién eres y qué eres, y en cuanto a mí, trabajo para la CIA, de modo que la situación es la siguiente: o te sinceras conmigo a fin de que yo decida si te dejo en paz, o te ayudo, o bien llamo a algunos compañeros para que se te lleven a Langley a dar explicaciones de modo mucho menos amistoso. Porque, querido, aunque estés trabajando para la OUA, y yo personalmente no tenga nada contra eso, el hecho cierto es que tú estás dedicado al espionaje en los Estados Unidos de América. ¿Sí o no?

—Sí.

—¿Y bien?

—De modo que no eres una colombiana amante de un tipo rico.

—Ya te he dicho lo que soy: una agente de la CIA encargada de averiguar qué estás haciendo aquí para decidir qué hacemos contigo. En cuanto a mi nombre, por si vas a preguntármelo, vamos a dejarlo como estaba.

—Ofreces muy poco a cambio de mucha información.

—Ésta sí que es buena —se pasmó Margaluz—… ¿Te parece que ofrezco poco? Querido, acabo de decirte que si es necesario te ayudaré, e incluso si tu explicación me convence te dejaré en paz. ¿Qué más quieres? Sólo tienes que convencerme de que tus actividades aquí no van a causar ningún perjuicio a los Estados Unidos.

—Claro que no.

—Estupendo. ¿De qué va el asunto?

—¿Te importa que me siente en un sillón?

—No —rió Margaluz.

Chanko se acomodó en un sillón y encendió un cigarrillo. Llegaba un tamizado resplandor de sol a la salita de la *suite* del espía africano, que contemplaba con creciente interés a Margaluz Ríos. Ni siquiera se le ocurrió preguntarle cómo había entrado en la *suite*, pues habría sido una tontería impropia de un espía de su categoría, pero preguntó:

—¿Has encontrado en mi equipaje algo especialmente interesante?

—No lo he registrado. Vamos, Chanko, los agentes como tú y yo

no vamos por ahí con fotografías familiares ni con libros de claves…, que están más pasadas de moda que el charlestón. ¿Para qué molestarme por nada? Simplemente estaba enfadada conmigo, y decidí esperarte.

—¿Enfadada contigo? ¡Querrás decir conmigo!

—No. Conmigo. Lo que tú me has hecho hoy con tanta limpieza no me lo había hecho nadie en muchísimo tiempo. Pero tiene sentido: era tan simple, tan sencillo, que hasta yo podía picar. En fin, ya me he quitado el malhumor dándote un buen golpe —Margaluz sonrió alegremente—… Ahora, hablemos. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—¿Te suenan los nombres de Dick Madinga y Onoro Mathiesson?

—No.

—Madinga es el secretario de Estado de Sierra Leona, y Mathiesson es el ministro de la guerra de Liberia. Estos dos países son vecinos y están en la costa occidental de África central.

—No necesito lecciones de geografía.

—Mejor para ti. Sierra Leona y Liberia sostienen unas relaciones de vecindad que podríamos llamar normales. Sin embargo, la OUA ha recogido rumores de que un gran cargamento de armas podría llegar en breve a esa zona de África. Al mismo tiempo, Madinga y Mathiesson, que hace tiempo son amigachos que se ven con cierta frecuencia, se encuentran subrepticiamente en Freetown, la capital de Sierra Leona, y embarcan en un yate llamado *Marfil*, propiedad de un tal Eton December, un multimillonario de Sierra Leona cuyos procedimientos para enriquecerse todavía no se conocen tan bien como convendría. Eton December, que se sepa, se quedó en África, pero la OUA supo que el *Marfil* iba a navegar hacia Cuba, Bahamas y Estados Unidos. Dejamos que el yate zarpara, y al poco yo fui a Cuba en avión. Un servicio especial de apoyo logístico me informó de que el *Marfil* tocaría La Habana y posteriormente Nassau, y, efectivamente, así lo hizo. Dejé el yate en Nassau, y salté a Miami Beach, donde esperaría la llegada del *Marfil* a Estados Unidos, convencido de que Miami sería la primera ciudad visitada. Y en efecto, un nuevo servicio de información especial me ha advertido de que esta mañana el *Marfil* había llegado a Miami y había anclado en el Yacht Basin…

—Ésa fue la llamada telefónica que recibiste en la playa, ¿no?

—Sí.

—Es decir, que tienes algún amigo o varios amigos vigilando ahora el yate *Marfil*.

—Sí.

—Entendida la explicación logística. Ahora dime por qué ese interés tan grande por los señores Mathiesson y Madinga.

—Imagínate que el secretario de Estado de los Estados Unidos y el ministro de la guerra de Méjico, por decir unos personajes, se reunieran subrepticiamente… en Veracruz, por ejemplo, y que luego emprendieran juntos un viaje secreto en el yate de un ciudadano mejicano millonario. Al mismo tiempo, te enterabas de que se había puesto en marcha una gran cantidad de armas hacia un lugar indeterminado del Golfo de México… ¿Eso no te intrigaría y hasta preocuparía?

—Francamente sí. Parece un poco inquietante. ¿Qué se sabe en concreto de esas armas en África?

—Esa parte del asunto la está investigando otro compañero de la OUA. Yo tengo que averiguar qué están haciendo Madinga y Mathiesson en Estados Unidos.

—¿Qué tal son como personas?

—¿Como personas? ¿Qué quieres decir?

—La pregunta quizá te parezca un poco pueril, pero me gustaría saber si son buenas personas o ya han dado muestras anteriores de carecer de escrúpulos con algunos asuntos poco claros.

—Ya. Bueno, ¿cómo te lo diría…? No los he tratado personalmente, pero todo indica que son de esa clase de hombres que si han de hacer algo que no sea precisamente admirable, pero que les va a reportar beneficios, lo hacen. Lo que no sé es hasta dónde pueden llegar.

—¿Se les ha relacionado de algún modo con esas armas que están destinadas, según parece, a la zona de Sierra Leona y Liberia?

—Por el momento no.

—Lo pregunto porque tal vez ellos estén tramando una guerra entre sus respectivos países. O una revuelta.

—Ya se nos ha ocurrido —asintió London—. Y veo que tú también vas comprendiendo.

—Lo que no comprendo es por qué les estáis permitiendo que se

muevan con tanta facilidad y libertad. Si realmente están tramando algo malo se corre el riesgo de que lo pusieran en marcha definitiva antes de que pudierais impedirlo. O sea, que en un momento inesperado podíais encontraros con que Sierra Leona y Liberia entraban en guerra. Y las guerras, querido Chanko, se sabe cuándo empiezan, pero nunca cuándo acaban. Así que lo mejor es impedir que empiecen.

—Completamente de acuerdo. Pero tampoco se puede prohibir a dos personajes de la gran talla política de Mathiesson y Madinga que sean amigos y se vayan en un yate de vacaciones y se busquen dos lindas chicas para gozar del sexo… Lo cual podría ser el motivo de tanto misterio: simplemente, disponer de unos cuantos días… divertidos, manteniendo el incógnito. Y del mismo modo que ahora tienen dos negras a bordo quizá mañana tengan dos rubias de blanca piel.

—¿Por qué será que a los negros os gustan las rubias de blanca piel?

—¿A ti no te gustan los hambres rubios de blanca piel?

—Yo prefiero los negros magníficos como tú.

—¿De veras? Me gustaría que me lo demostrases.

—Quizás en otro momento —sonrió Margaluz—. Ahora te sugiero que nos dediquemos a descansar…, cada uno en su *suite*.

—Todavía no he almorzado.

—Pues almuerza. ¿Te parece que nos encontremos a eso de las seis de la tarde? Me gustaría ir contigo a echar un vistazo al yate *Marfil*.

—Ni lo sueñes. Llevo detrás de mí al cubano Pérez López y al británico Lubbock, y no pienso llevarlos de ninguna manera hasta ese yate.

—No te preocupes por nuestros colegas —sonrió Margaluz—… Te espero con el coche a las seis. Y no se te ocurra dejarme otra vez con dos palmos de narices. Hasta luego.

—¿No preferirías hacer la siesta conmigo?

—Te diré la verdad: soy virgen, y perder mi virginidad en una siesta cualquiera no entra en mis planes.

—¿Cómo te gustaría perder la virginidad? —sonrió Chanko.

—Cantando feliz en mi noche de bodas, a la luz de la luna, junto a un riachuelo de aguas rumorosas, mientras tras el canto diurno de

los pájaros llegaba el silencio de la noche cálida y perfumada, y mi reciente esposo me besaba con dulzura hasta encenderme como una antorcha.

—Caray —dijo Chanko London.

Capítulo IV

Margaluz detuvo el coche en un hueco entre otros dos al llegar a Clipper Circle, y apagó el motor. Eran poco más de las siete de la tarde. El sol se iba de Miami hacia California. Las aguas del mar adquirían un tono grisazulado intenso.

—Si quieres puedes esperarme aquí —dijo Chanko—. Alder debe de estar en el mismo sitio, y si ha tomado fotografías te las traeré para que les eches un vistazo.

—Prefiero acompañarte.

—No tengo intenciones de jugar sucio —gruñó él—. No soy tan tonto como para ignorar que si a partir de ahora voy a poder hacer algo en Estados Unidos tendrá que ser con tu permiso, es decir, con el permiso o tolerancia de la CIA. Así que no haré bobadas.

—No es por eso —dijo sinceramente Margaluz—. Sé que no eres tonto y que nos entenderemos bien. Es que quiero echar un vistazo personalmente a ese yate, simplemente.

—¿Un vistazo? ¿Qué quieres decir?

—Quizá se me ocurra el modo de entrar en el yate…, pero antes vamos a ver qué fotografías ha tomado tu amigo.

Chanko London movió la cabeza, y se apeó. Margaluz hizo lo mismo, cerró el coche, y tras rodear éste se tomó de un brazo de London, encaminándose ambos hacia los embarcaderos. Una vez aquí London señaló discretamente el yate, que mereció un gesto aprobativo por parte de Margaluz. No se veía absolutamente nadie en cubierta. El yate parecía vacío.

—Tal vez esa gente hayan salido a dar una vuelta por ahí y tu amigo los haya seguido —sugirió Margaluz.

—Si así ha sido, Alder los ha seguido a pie, porque veo su coche donde lo dejé esta mañana.

De nuevo señaló London con la barbilla. Continuaron caminando hacia el coche ocupado por Alder Maoko, un Ford Taunus

alquilado, de color oscuro. Estaban ya muy cerca cuando ambos divisaron a Alder, caído sobre el volante, como dormido.

—Oh, no —musitó Margaluz.

Chanko London estaba lívido. Los dos se acercaron tranquilamente al coche, pudiendo contemplar mejor a Alder Maoko, cuyo rostro estaba vuelto hacia el interior del vehículo y apoyado sobre un brazo, que a su vez se apoyaba en el volante. Chanko London le puso la mano en la nuca, como en un saludo amistoso. Estaba fría y rígida.

—Está muerto —dijo con voz sin inflexiones.

—Pasa al asiento de atrás. Nos lo llevaremos de aquí.

—Él ya está muerto, y nosotros sólo vamos a conseguir ponemos en evidencia.

—Si alguien quería vernos ya nos ha visto, Chanko.

—Tienes razón. Quizás ahora consigamos verlos nosotros.

—De eso se trata.

Chanko entró en la parte posterior del coche, y Margaluz en la parte delantera, por la portezuela derecha. Pudo ver entonces el rostro de Alder Maoko, levemente crispado. Tenía los ojos cerrados. Margaluz lo asió por los rizados cabellos, le alzó la cabeza, y pudo ver entonces el limpio agujerito en la garganta; un diminuto hilo de sangre seca formaba un extraño dibujo. Margaluz apartó un poco la chaqueta del negro, y vio las dos manchas de sangre, también secas, sobre el corazón, formando un ocho en la blanca camisa.

Se volvió a mirar a Chanko, que estaba agarrando a Maoko por las axilas.

—¿Te ayudo?

—No es necesario. Alejémonos de aquí.

Con gran facilidad Chanko tiró del cadáver de su compañero, pasándolo al asiento de atrás, donde lo colocó sentado a su lado. Margaluz vio las llaves del contacto en su sitio. Puso el motor en marcha y partió. Por el retrovisor pudo ver a Alder Maoko, y junto a él, inexpresivo, al atlético Chanko London, No era agradable encontrar compañeros asesinados. Porque Maoko había sido fríamente asesinado, y además incluso con saña o sadismo: no sólo le habían metido dos balas en el corazón, sino que le habían clavado un punzón en la garganta…

—¿Adónde vamos? —preguntó Chanko.

—Buscaremos algún parque, dejaremos el coche allá, cerrado y con Maoko en el maletero, y yo avisaré a mis compañeros de la CIA para que pasen a hacerse cargo del cadáver hasta que puedas enviarlo a África, tú dirás adónde. ¿Te parece bien?

—Sí. Gracias.

—Aquí mismo está el Coconut Grove Bayfront Park, pero es demasiado cerca. Buscaremos uno algo más alejado y menos frecuentado. Lo mejor sería dejarlo en Virginia Key.

—Lo que tú hagas me parecerá bien.

—Chanko, lo siento.

Él asintió, en silencio. Era evidente que no tenía ganas de hablar. Su actitud era fría, casi como indiferente, pero Margaluz sabía perfectamente que no era así, que Chanko London estaba ahora bajo los efectos de una cólera fría, de un odio quieto e intenso. Ni se les ocurrió a ninguno de los dos buscar en los bolsillos de Maoko las fotografías que éste pudiera haber obtenido antes de morir, pues, evidentemente, quien o quienes le habían matado debía habérselo quitado todo.

—Los espías espían a los espías —murmuró Margaluz.

Chanko London comprendió enseguida, y se volvió sólo lo justo para poder mirar por el cristal zaguero del coche. Vio el Dodge que al parecer los seguía, y permaneció en silencio. Estaban circulando por Bayshore Drive hacia el norte. Llegaron a South Miami Avenue, y poco después al acceso a la Rickenbacker Causeway, la autopista elevada que llevaba a los kayos Virginia y Biscayne. Pagaron el peaje sin que Maoko llamara la atención de nadie. Al poco circulaban por encima del mar, y en pocos minutos alcanzaban Virginia Key. Pasaron dejando a su izquierda el Marine Stadium, salieron de la autopista, y accedieron poco después a Service Road. Ahora no se veía el otro coche, pero ambos sabían que lo llevaban detrás.

La zona era tranquila. Había muchas palmeras, y Margaluz metió el coche entre ellas. Cuando lo detuvo y apagó el motor percibieron el denso silencio.

—Quizá no nos seguían a nosotros —dijo Margaluz.

—Ya lo creo que sí.

—Pues no lo están haciendo del todo mal. Bueno, procedamos…

* * *

También habían dejado el coche metido entre unas palmeras, y se habían acercado a pie al lugar donde los rayos del sol filtrándose por entre el arbolado habían hecho brillar los cristales y la carrocería del coche de Alder Maoko. Ahora, los dos hombres podían ver perfectamente al atleta negro y a la hermosa muchacha también de raza negra. Ella mantenía abierta la portezuela, y él tiraba del cadáver de Maoko fuera del coche.

—Lo van a dejar tirado por aquí —susurró uno de los seguidores.

—Calla —gruñó el otro.

Los dos eran negros. Altos, fuertes, sólidos, de rostros hostiles. Uno de ellos tenía la nariz completamente aplastada, recuerdo imborrable de épocas más deportivas que las actuales. Había pasado del boxeo al asesinato por encargo. Gran cambio. De deportista a asesino.

La bellísima negra estaba abriendo el maletero. El atleta había arrastrado el cadáver hasta la parte trasera del coche, y allá lo había dejado, arrodillándose a su lado. Enseguida comenzó a registrar los bolsillos de Alder Maoko, lo que provocó una sardónica sonrisita en los dos negros que les contemplaban ocultos tras las palmeras.

Pero su sonrisa sardónica desapareció cuando vieron a London mostrar algo a la muchacha, que mostró vivo interés. Era algo blanco que ninguno de los dos sujetos podía ver bien. London lo estaba mirando. Se dispuso a guardarlo en un bolsillo. La negra le dijo algo, y él negó y se guardó aquella cosa blanca. Se incorporó, agarró a Maoko por los sobacos, y lo alzó, al parecer dispuesto a meterlo en el maletero, pero entonces ella le dijo algo que provocó una pequeña discusión.

—Tiene gracia —rió quedamente el ex púgil—… Parece como si quisieran dejar el cadáver en el maletero, o sea, que entonces dejarían el coche aquí… pero ahora se dan cuenta de que si dejan el coche no podrán volver fácilmente a Miami. No parecen muy listos: debieron venir en dos coches.

—¿Qué habrán encontrado en los bolsillos del otro?

El ex púgil frunció el ceño y no contestó. La discusión entre el atleta y la belleza había terminado; ahora, él trasladaba el cadáver

hacia un grupo de arbustos. Llegó allí, se dispuso a meter el cadáver entre los arbustos…, y la bella negra sacó de entre sus piernas una pistola y le golpeó en la cabeza. El atleta se tambaleó. La muchacha volvió a golpearle, y toda la mole de músculos se derrumbó junto a los arbustos. La negra se arrodilló junto a él, le quitó aquella cosa blanca que antes había estado en un bolsillo del muerto, y sin más emprendió el regreso al coche, cerró la tapa del maletero, que había quedado abierta, y pasó ante el volante.

El coche arrancó.

—¡Será zorra la negra…! —rió el compañero del ex púgil.

—Vamos a pararla. Sea lo que sea lo que tuviera el otro que nosotros desdeñamos parece que es algo interesante.

El coche conducido por la negra se acercaba. Los dos hombres sacaron sus pistolas provistas de silenciador, y aparecieron de pronto en el camino cuando el coche que conducía Margaluz estuvo a su altura, apuntando sus pistolas hacia el parabrisas, extendidos los brazos, sujetando la pistola con ambas manos.

A través del parabrisas vieran el gesto de sobresalto de Margaluz, que frenó en seco. El ex púgil movió expresivamente la pistola, ordenando al mismo tiempo:

—Sal del coche.

Hubo un titubeo en Margaluz, pero muy breve. Salió del coche, y a un gesto del otro alzó los brazos. El ex púgil se quedó apuntándola, y el otro miró dentro del coche. En el asiento contiguo al del conductor vio el blanco pañuelo. Frunció el ceño, lo cogió, y se volvió para mostrarlo a Margaluz, que permanecía con los brazos en alto.

—¿Qué es esto? —Gruñó, en aceptable inglés británico.

—Un pañuelo.

—Pero… ¿qué significa? Os hemos visto recogerlo del cadáver de vuestro amigo. ¿Qué significa?

—No lo sé. Chanko dijo que por suerte no le habían quitado el pañuelo a Maoko, y cuando le pregunté qué significaba me dijo que no me importaba. Así que se lo he quitado.

—¿Y por qué le has quitado a tu compañero una cosa que…?

—No es mi compañero. Él trabaja para la OUA, y yo para la CIA. Habíamos hecho un trato, pero no me gustó que quisiera ocultarme algo, así que le he quitado el pañuelo.

Los dos hombres la escuchaban serios y tensos. Estaba clarísimo que la mención de la CIA no les había hecho la menor gracia. El que había cogido el pañuelo de Maoko lo desplegó, y estuvo unos segundos observándolo entre perplejo e irritado.

—Yo no veo nada aquí… Vamos a buscar al otro, aprovechando que está sin sentido. Lo despertaremos y le convenceremos de que debe decimos qué significa el pañuelo. Tú, camina hacia allí.

Margaluz asintió, y echó a andar hacia donde había quedado Chanko caído muy cerca del cadáver de Maoko. Se detuvo cuando llegó a cinco o seis metros de ambos negros caídos, y se volvió, siempre con los brazos en alto.

Su acción fue tan completamente inesperada, tan insólita, que por fuerza tenía que sorprender a los dos hombres. Especialmente, al ex púgil, que recibió en plenos testículos el tremendo puntapié aplicado con toda la sapiencia y experiencia de la bella Margaluz.

Y mientras el ex púgil, soltando un bufido fortísimo, saltaba en el aire encogiéndose, el otro sujeto, tras breve estupefacción, plasmó en su rostro la sentencia de muerte contra Margaluz…, mientras, desde el suelo, Chanko London disparaba contra él. La bala le alcanzó en el centro del pecho, le arrancó unas salpicaduras de sangre por el reventón de la camisa, y lo tiró de espaldas al suelo, tres metros más allá, con una violencia escalofriante. Sorprendentemente, el negro se puso en pie de un salto. Y Chanko, que se había sentado, volvió a dispararle, arrancándole obro brote de reluciente sangre y derribándole esta vez sin remisión.

Caído de costado en el suelo, encogido sobre sí mismo, el ex púgil estaba entre la vida y la muerte, la consciencia y la inconsciencia. Su pistola yacía a unos dos metros de él, que parecía haberla olvidado completamente. Su rostro estaba de color gris. Chanko se acercó a él, y de un puntapié en su fuerte barbilla terminó de derrotarlo, dejándolo sin sentido y tendido ahora cara al cielo, desmadejado, separados brazos y piernas.

—Tú mira a éste, así no te mancharás —dijo Chanko—. Yo miraré al otro, y traeré su coche, si lo encuentro.

Lo encontró. Encontraron muchas cosas, en realidad. Diez minutos más tarde los dos coches estaban donde había quedado el cadáver de Maoko, junto al cual estaba ahora el del compañero del ex púgil. Por su parte, el ex púgil había recobrado el conocimiento,

pero llevándose la desagradable sorpresa de encontrarse con las manos atadas a la espalda, con los testículos palpitando en un tremendo dolor sordo, y sentado sobre el polvo, a merced de London y Margaluz.

Éstos habían recuperado las cosas de Maoko, entre las cuales destacaban la cámara con teleobjetivo y las fotografías conseguidas por el compañero de Chanko antes de ser asesinado.

En las fotografías se veían a las dos muchachas negras, siempre en la cubierta del yate *Marfil*, y también a algunos de los tripulantes, y, en tres de ellas, a dos hombres, asimismo de raza negra, que Chanko identificó para Margaluz como Richard Madinga y Onoro Mathiesson.

No había nadie más en las fotografías, es decir que, al menos mientras Maoko estuvo vivo, nadie extraño había llegado al *Marfil*.

Otra cosa que Chanko había encontrado en el coche de los dos sujetos era un folleto turístico del estado de Florida, montones de chicles y bolsas de palomitas de maíz, y varias revistas de chicas desnudas y algunos periódicos. Y, en el bolsillo interior derecho de la chaqueta del ex púgil, un corto pero suficiente punzón.

Ninguno de los dos hombres llevaba encima documentación de ninguna clase.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Chanko en inglés al ex púgil.

—Bob.

—Bob… ¿qué más?

—Bob.

—Ya. ¿De dónde eres?

—De Nueva York.

La bella Margaluz soltó una carcajada. Eso fue todo, pero Chanko comprendió enseguida. Y no sólo por la risa de Margaluz, sino por sus propias experiencias.

—No eres de Nueva York —dijo apaciblemente—, sino de África, yo diría que de Nigeria o Camerún. Pero no importa. Tampoco me importa cómo te llames. Sólo me importa para quién trabajas.

—Eso no lo sé. A nosotros nos enviaron aquí para que estuviésemos siempre preparados por si teníamos que hacer algún trabajo. Estábamos descansando en el motel cuando recibimos una llamada telefónica. Nos dijeron que había un negro en el embarcadero, dentro de un coche cuya matrícula nos facilitaron, y

nos hicieron entender bien claramente que debíamos eliminarlo, y quedarnos vigilando por allí, porque era seguro que debía de tener compañeros y también debíamos eliminarlos.

—¿Quién os dio esas órdenes?

—No lo sabemos. A nosotros nos enviaron aquí a escuchar órdenes y cumplirlas. Lo demás no nos interesa.

—De modo que todo lo que sabes es lo que me has dicho.

—Sí, eso es todo.

Chanko asintió, sin inmutarse. Se acuclilló delante de Bob, y le mostró su propio punzón.

—¿Quieres que te reviente un ojo con tu propio juguete? —propuso.

—No sé más de lo que he dicho. Nos enviaron a un motel, nos dijeran que esperásemos allí instrucciones, y eso es todo. Cuando alguien se presentara por teléfono diciendo la palabra clave «Continente» debíamos obedecerle. No hay más que decir.

Chanko London estuvo unos segundos mirando fijamente a Bob. De repente, con seco, fortísimo, terrorífico golpe, le clavó el punzón en el pecho, justo sobre el corazón, con un golpe horizontal que hundió la punta de acero completamente en el pecho del asesino profesional. Se oyó un apagado «chok», el ex púgil respingó, abrió mucho los ojos, y su rostro pareció descomponerse como una figura de cera sobre el fuego. Durante cinco o seis segundos permaneció sentado en el suelo, fijos los desorbitados ojos en London. De repente, sus ojos parecieron apagarse, un borbotón de sangre apareció en su boca, y el hombre cayó hacia atrás, cadáver.

Chanko miró a Margaluz.

—¿Estás impresionada?

—En absoluto. Yo habría hecho lo mismo si me hubieran matado un compañero sólo por tomar fotografías.

—De manera que realmente tienes agallas, querida.

—Las que hagan falta para hacer lo que haga falta.

—Eso ya lo veremos. ¿Puedes ponerte en contacto con tus compañeros de la CIA?

—Siempre que quiera.

—Pues llámalos, diles lo que ha ocurrido, y que decidan si se encargan de la limpieza de esta zona y cuidan de Alder hasta que podamos enviarlo a África.

—Eso puedes darlo por hecho. ¿Qué más?

—Esta mañana dijiste que te gustaría dar un paseo en lancha, ¿lo recuerdas?

—Tengo una memoria absolutamente privilegiada.

—Perfecto —sonrió torvamente Chanko London—. La pregunta es: ¿no te daría lo mismo que en lugar de dar ese paseo en lancha lo diésemos en un magnífico yate?

—Claro que no me da lo mismo: ¡prefiero el yate, querido!

Capítulo V

Dentro del yate había luz, y en cubierta estaban encendidas las reglamentarias de atraque. La iluminación, de todos modos, era más que suficiente en Yacht Basin, así que podían ver perfectamente el Marfil. Había en aquel momento un hombre en cubierta, y Chanko y Margaluz sabían que el yate todavía disponía de tres tripulantes más, todos ellos de raza negra.

—Es decir —murmuró Chanko—, que si vamos allá nos vamos a tener que enfrentar a seis hombres, contando a Mathiesson y Madinga. Y sorprenderlos no va a ser fácil.

—¿Por qué no?

Estaban dentro del coche de Margaluz. Chanko miró con cierta irritación a la espía de la CIA.

—Porque como puedes observar en cuanto ha oscurecido han colocado un hombre en cubierta, y es seguro que cuando éste se retire a descansar pondrán otro, y así sucesivamente, por turnos, toda la noche estarán vigilando.

—Pero bueno —sonrió Margaluz—… ¡Si lo mejor que podía ocurrirnos es que pusieran un hombre de vigilancia!

Chanko London se quedó mirándola con desconfianza.

—Es muy arriesgado —dijo, sin duda adivinando la intención de Margaluz.

—Según quién lo haga.

—De acuerdo: lo haré yo.

—No seas tonto. Será mucho más fácil para mí que para ti. Podemos apostar lo que quieras a que no voy a tener ningún problema.

Margaluz llevaba un fino jersey muy escotado, que todavía abrió más por un lado, dejando el hombro al descubierto; y no sólo esto, sino que al ser desplazada la ropa quedó al descubierto buena parte de un pecho de la muchacha. La mirada de Chanko se posó allá. De

pronto, puso la mano sobre el hombro desnudo de Margaluz, y la deslizó suavemente hacia el pecho.

—Chanko, no —susurró ella—… Ahora no.

Él miró su propia mano, y luego el hombro de ella, y finalmente, con un gesto delicado, metió un poco más la mano, tomó en ella el pecho palpitante de Margaluz, y lo dejó al descubierto. Se inclinó, y besó la piel, que parecía seda. Deslizó sus labios hacia el pezón, pero Margaluz se retiró, y ocultó el pecho.

—Te he dicho que ahora no —jadeó.

—Bueno —sonrió él—. Decir «ahora no» significa «luego sí», ¿no es cierto?

—Tal vez —murmuró ella.

Chanko la atrajo, y la besó en los labios. Sintió un estremecimiento cuando encontró la lengua de ella, tibia y dulce, y deslizó una mano ahora hacia los prietos muslos femeninos, apretándolos, notando toda su cálida turgencia.

Ella se apartó de nuevo, y rió de tal modo que puso los pelos de punta al agente de la OUA.

—Será mejor que lo dejemos, querido —dijo—: te estás lanzando demasiado… y yo diría que éste no es el memento.

—De acuerdo —gruñó London—. Irás tú…, pero tienes que dejar el coche lo suficientemente cerca del yate para que yo os vea, por si necesitases ayuda.

—Está bien, no lo alarguemos más.

Margaluz acercó el coche al yate Marfil, frenó, apagó el motor y las luces, y se apeó. En la cubierta del Marfil el negro que fumaba aburridamente tardó todavía tres o cuatro segundos en darse cuenta de que una mujer estaba junto al yate, y que precisamente en aquel momento se disponía a abordar éste recorriendo la pasarela. Acudió a su encuentro, de modo que cuando Margaluz llegó a cubierta el negro la estaba esperando.

—Buenas noches —saludó la bella—. ¿Usted es Archibald?

—No —sonrió el negro—. ¡Y bien que lo siento!

—Oiga, no me provoque, ¿de acuerdo? Dígale a Archibald que está aquí Rose, la chica de Galveston.

—¿Te llamas Rose? Yo me llamo Obo, y te diré una cosa, Rose: si no encuentras a Archibald vuelve por aquí, que nos divertiremos un rato.

—Me parece que no —sonrió Rose, la chica de Galveston.

Obo recibió el impacto de su mano derecha en un lado del cuello. El negro respingó, puso los ojos en blanco, se tambaleó, y Margaluz lo empujó con un dedito, derribándolo de espaldas, pero sujetándolo de modo que no hiciera ruido con la caída.

Todavía no había terminado Margaluz de incorporarse cuando Chanko ya estaba a su lado, pistola en mano. Ella le mostró la pistola que acababa de requisarle al negro.

—Se llama Obo —dijo sonriendo—. Y yo soy Rose, la chica de Galveston. ¿Quién eres tú, buen mozo?

—Quédate aquí vigilando. Yo bajaré y…

—¿Quieres hacer el favor de no querer quedarte con todos los riesgos? Estoy harta de tipos como tú, ¿te enteras? Maldita sea, os creéis que sois más hombres porque protegéis a la mujer, y en realidad sois unos estúpidos.

—No me calientes la cabeza —gruñó Chanko—. Si quieres jugártela vamos allá, pero nada de discursos.

Se dirigió resueltamente a la entrada al interior del yate, y Margaluz le siguió. Descendieron una breve escalerilla de peldaños de madera pulida, y se encontraron, sin más, en el salón del yate.

La estupefacción fue general. En el salón estaban las dos bellas muchachas, Mathiesson, Madinga, y uno de los componentes de la tripulación, ataviado con blanca chaquetilla y sirviendo en aquel momento champán. Las dos bellas invitadas del Marfil lucían bonitos vestidos, y Madinga y Mathiesson blancas chaquetas largas de esmoquin y cuello de pajarita. La escena, por un momento, fue propia de una película mala, con malos actores y con un vestuario absolutamente *demodée*.

Chanko estiró el brazo armado, y masculló:

—Quédense como están. Y tú no los pierdas de vista.

Se adentró por el pasillo. Todo estaba en calma en el yate. Todo era apacible, agradable… Detrás de una de las puertas correspondientes a camarotes Chanko oyó un ronquido. Se acercó a escuchar, y a través de la madera volvió a oír un ronquido parecido pocos segundos después. Empujó la puerta, localizó el interruptor de la luz, y la encendió. En aquel momento se producía otro ronquido, y Chanko vio al causante, un negro desnudo que yacía boca arriba en su litera. En la otra litera había otro negro, en

calzoncillos y durmiendo boca abajo. Los dos angelitos descansaban tan temprano esperando la hora de sus turnos de vigilancia.

Chanko se acercó al que roncaba, y le puso la boca de la pistola en la sien. El negro volvió a roncar. Luego estuvo silencioso diez o doce segundos. De pronto abrió los ojos, los desvió, y vio a Chanko junto a él. Los ojos del hombre se desorbitaron.

—Tranquilo —murmuró Chanko—. Todo lo que has de hacer es despertar a tu compañero para que te ate bien y luego pueda yo atarlo a él tranquilamente.

Retrocedió. El negro de los ronquidos despertó al otro, que comenzó a maldecir hasta que vio a Chanko, y entonces quedó mudo y hosco. Cinco minutos más tarde Chanko salía del dormitorio, dejando a los dos negros convertidos en sendos fardos envueltos en sábanas. Cuando llegó al salón Margaluz se había sentado en una butaquita, y fumaba plácidamente. Los personajes de película mala miraron a Chanko expectantes, pero él no les hizo caso. Subió a cubierta, agarró al otro negro por la ropa del cuello, y lo arrastró hacia el interior del yate, para dejarlo finalmente tendido en el suelo del salón.

—¿No quieres champán? —propuso Margaluz—. No es del mejor, pero está fresco, muy agradable.

Chanko miró la copa que Margaluz sostenía entre los dedos de su mano izquierda, asintió, y fue a servirse otra copa para él. Los personajes amenazados los contemplaban como si estuvieran asistiendo a un espectáculo.

De repente, Mathiesson preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué pretenden?

—Señor Mathiesson —le miró amablemente Margaluz—, sea tan amable de esperar que le preguntemos nosotros a usted.

—Ustedes no tienen que preguntarme nada —replicó hoscamente Onoro Mathiesson—. Roben lo que les apetezca, pero…

—¿Robar? —Se pasmó graciosamente Margaluz—. Permítanme presentarles al señor Chanko London, de la Organización para la Unidad Africana.

Todas las miradas convergieron, sobresaltadas, en Chanko, que había fruncido el ceño. El primero en reaccionar fue Madinga, que dijo, de mal talante:

—Si quisiéramos la intervención de la OUA ya la habríamos

pedido.

—¿Qué quiere decir?

—Que usted no tiene derecho a meterse en esto. Nosotros lo resolveremos a nuestra manera.

Chanko y Margaluz cambiaron una rapidísima mirada de desconcierto.

—¿En qué no tenemos derecho a meternos? —inquirió Chanko —. ¿Qué es lo que están tramando ustedes?

—¿Nosotros? —Respingó Mathiesson—. ¡Nosotros no estamos tramando nada, y usted debería saberlo perfectamente! Sobre todo si ya los tienen a ellos.

—Si tenemos… ¿a quiénes?

La mirada de Margaluz Ríos se desplazaba de uno a otro hombre a medida que iban hablando… Iban hablando, pero estaba clarísimo que no se entendían, por la sencilla razón de que hablaban de cosas diferentes.

—¿No han detenido al general Koro? —masculló Mathiesson, como si se dispusiera a morder a alguien—. ¿Y vienen a molestarnos a nosotros?

—Pero… ¡maldita sea! ¿De qué está usted hablando?

Ahora cambiaron una mirada Madinga y Mathiesson, tras lo cual ambos apretaran los labios, lo que hizo sonreír a Margaluz.

—No sean absurdos —recomendó—. Chanko y yo hemos venido a saber la verdad, y ustedes nos las van a decir, es muy simple.

—¿Y usted quién es? —La miró irritado Madinga.

—Una agente de la CIA. Pueden llamarme Margaluz… Me parece —añadió al ver el gesto de los dos negros— que no les gusta mucho la CIA.

—Pero… ¿qué significa esto? —Miró Mathiesson a London—. ¿Cómo se le ha ocurrido meter a la CIA en este asunto?

—Escuchen —gruñó de nuevo Chanko—, ya me está dando vueltas la cabeza, así que vamos a tranquilizarnos todos y a centrar un poco la conversación, a ver si nos entendemos. Vamos a empezar de nuevo. A ustedes ya los conocemos, y los cuatro hombres de la tripulación suponemos que son empleados del señor Eton December, que les ha prestado el yate. De acuerdo hasta aquí. Ahora: ¿quiénes son estas dos chicas?

—Yo soy Ursula —dijo una de ellas.

—Y yo Rachel —rió la otra—… ¡Pero no somos esas dos!

—¿Qué dos? —se desconcertó de nuevo Chanko.

—Se refieren a Ursula Andress y Rachel Welch —rió Margaluz.

—Claro —dijo Ursula—. No somos ésas, de veras.

—Yo diría que eso salta a la vista —rió de nuevo Margaluz—. Bien, ¿quiénes son ustedes?

—Bueno… Conocimos a estos señores en Nassau, y nos invitaron a pasar unos días haciendo un bonito crucero… Nos pareció buena idea.

—Y lo es —aprobó Margaluz—. Bueno, ya sabemos qué pintan ustedes aquí, así que a partir de ahora se van a estar quietecitas y calladas. Vamos a seguir aclarando cosas —Margaluz miró a Mathiesson—: ¿quién es el general Koro y qué pinta en esto?

Mathiesson volvió a apretar los labios, y su amigo Madinga hizo lo mismo. Margaluz se sirvió más champán, como si estuviese talmente en una simpática fiesta entre amigos de toda confianza. El negro de la cubierta comenzaba a regresar del mundo de los sueños.

Tras cansarse de esperar en vano, Chanko London murmuró:

—En menos de doce horas puedo saber quién es el general Koro, y movilizar no menos de una docena de agentes compañeros míos que removerían todo este asunto en Sierra Leona y Liberia, y donde fuese necesario con tal de enterarnos de lo que está ocurriendo y dónde están las armas que viajan hacia sus respectivos países.

—¿Sabe usted lo de las armas? —murmuró Madinga.

—Sé lo de las armas…, y todo eso nos hace sospechar que ustedes dos están tramando algo que no nos gusta nada.

—¿Nosotros? —Casi saltaron de las órbitas los ojos de Mathiesson—. ¿Nosotros? ¡Usted está loco!

—O sea —intervino Margaluz—, que quien está tramando algo es el general Koro.

—¡Naturalmente!

—Muy bien. Pero entonces, ¿por qué no lo han detenido, en lugar de ponerse a dar una vueltecita por el mundo en yate?

—¿Detenerlo? —jadeó Madinga—. ¡Nos lo vamos a cargar, a ese maldito criminal!

—Pues no creo que desde aquí lo consigan… ¡Un momento! ¿Quiere decir que ese general Koro está aquí, en Estados Unidos?

—Está en Miami, en otro yate, anclado a menos de una milla de

aquí, en el Coral Reef Yacht Club. Y con él está ese cerdo, el coronel Koiko Smithers. ¡Maldita sea, y ustedes vienen aquí a darnos el gran susto a nosotros!

Chanko London se pasó la lengua por los labios. Luego optó por beber un sorbo de champán.

La negra preciosa llamada Ursula, cuyos senos se ofrecían a la vista con generosidad encantadora, soltó una risita.

—¿En qué otro yate? —preguntó Margaluz.

—Su nombre es *Diamond*, y no sabemos de dónde lo han sacado, aunque presumimos que es de algún importante personaje de Sudáfrica.

—¿Quiere usted decir de la República Sudafricana?

—Claro. Todo esto tiene que ser cosa de ellos: han sobornado al general. Koro y al coronel Smithers, y los están financiando con dinero y con armas para que organicen una guerra entre Sierra Leona y Liberia.

—¿Con qué objeto?

—La República Sudafricana se va a quedar pronto sin diamantes, y perderían toda una serie de beneficios de todas clases si eso llega a producirse. Así pues, a fin de no perder sus relaciones políticas y económicas con Europa, Asia y América, lo que les permite mantenerse en esa posición de privilegio en el continente africano, han decidido… conseguir una buena reserva de diamantes que les permita seguir ocupando el puesto de preferencia en ese comercio que vienen ocupando en el mundo.

—Y resulta —murmuró Margaluz— que en Liberia y en Sierra Leona hay diamantes.

—Unas reservas enormes de diamantes —asintió Madinga—. Así que los de Sudáfrica han sobornado a Koro y a Smithers, para que hagan una guerra con Liberia. Y no sólo esto, sino que sabemos que también han sobornado a unos cuantos militares de Liberia, a los que Koro y Smithers están esperando estos días en Miami. La idea es que esos militares sobornados en Sierra Leona y Liberia se pongan de acuerdo para organizar una guerra relámpago entre ambos países, colocar en cada uno el gobierno que convenga a Sudáfrica, y de este modo la producción diamantífera de Liberia y Sierra Leona quedará a disposición de Sudáfrica, lo cual le permitirá seguir ostentando la hegemonía del comercio mundial del

diamante.

—Maldita sea —jadeó Chanko—… ¡¿Y por qué demonios no han denunciado eso a la OUA, o a sus propios servicios de policía, o de espionaje, o de seguridad militar…?!

—Porque no queremos que trascienda —murmuró Mathiesson—… No sé si usted puede entender que no nos guste que la OUA y tal vez todo el mundo se entere de que unos militares de Sierra Leona y otros de Liberia están dispuestos a provocar una masacre entre ambos países, a los que se disponen a traicionar. Hemos preferido arreglar las cosas nosotros mismos y sin que nadie se entere de lo que pasa.

—¿Y cómo piensan… o pensaban solucionar esto? —preguntó Margaluz.

—Vamos a esperar que lleguen los militares traidores de Liberia, y en cuanto estén en el yate nos los cargaremos a todos.

—Ya —dijo irónicamente Chanko—… ¿Y cómo piensan hacerlo?

—¿A ustedes les dice algo la palabra «Continental»? —preguntó Margaluz sin dar tiempo a que contestasen a Chanko.

—No… ¿Por qué?

—O sea, que ustedes no tienen unos cuantos tipos digamos… duros contratados esperando el momento de lanzarlos para que asesinen a esos militares.

—No… Claro que no.

—Pues tenemos malas noticias para ustedes —dijo Chanko—: existe ese grupo de hombres, y si no trabajan para ustedes yo diría que sólo pueden trabajar para esos militares…, lo que significaría que ellos saben que están ustedes aquí, y los están vigilando.

—Lo que a su vez significa —añadió Margaluz— que pueden atacarlos en cualquier momento.

—A menos que ustedes se los carguen antes a ellos —dijo Chanko—… ¿Cómo piensan hacerlo?

—En cuanto lleguen los militares de Liberia.

—Sí, sí, ya he entendido eso, pero… ¿cómo? ¿Tienen algún plan para atacar el yate *Diamond*?

—Eso no sería nada fácil —masculló Madinga—: tienen una docena de hombres en total a bordo. Yo diría que se han traído un comando especialmente entrenado como protección. Entrar en ese yate no es posible. Y atacarlo sería una locura, pues deben de llevar

armas poderosas, y ese comando de doce hombres no es ninguna broma.

—De acuerdo, de acuerdo… Pero ustedes pretendían atacarlos, ¿no?

—No precisamente —refunfuñó Mathiesson.

—¿Quiere hacer el favor de dejar de hablar en clave?

—El señor Mathiesson se refiere a nosotras —dijo dulcemente Ursula—: Rachel y yo somos las encargadas de cargarnos a todo el personal del yate *Diamond*.

—¿Sí? —Se pasmó Chanko—. ¡Pues yo diría que lo tienen bastante complicado, según parece!

—Nada de eso —sonrió también dulcemente Rachel—. En realidad es todo muy sencillo: cuando estén todos Ursula y yo iremos nadando bajo el agua hasta el *Diamond,* naturalmente con equipo adecuado, y colocaremos una carga explosiva digamos… suficiente en el casco del yate. Y cuando éste zarpe sólo habrá que provocar la explosión por ondas de radio. No quedará ni uno —terminó, sonriendo como un angelito del cielo.

Chanko la miraba fascinado. Mathiesson y Madinga miraban a Chanko y a Margaluz. Ésta contemplaba con indescifrable expresión a las dos bellas negras nadadoras-ejecutoras. Se las imaginó con trajes de goma, tubos de aire a la espalda, nadando graciosamente, y colocando la carga de explosivos…

—La idea es buena —fue Margaluz la primera en reaccionar—, pero tiene un inconveniente.

—Lo hemos estudiado bien y no tiene ningún inconveniente —aseguró Ursula—. Cualquier otra cosa es correr riesgos innecesarios, por otra parte.

—A veces es inevitable correr algún riesgo.

—¿Cuál es el inconveniente? —preguntó Mathiesson.

—Que si mueren todos de ese modo… ¿quién nos dirá qué persona o personas han financiado todo el plan? Porque esto dudo mucho que lo haya preparado el gobierno de la República Sudafricana, damas y caballeros. Es más bien obra de personajes importantes de ese país que no desean perder sus privilegios al perder importancia económica su país. Así que hemos de localizar e identificar a esa pandilla de criminales de guerra y de la humanidad…, y eso no se consigue haciendo saltar un yate por los

aires.

—¿Pues cómo podría conseguirlo? —saltó Madinga.

—Deje que lo pensemos un poco —dijo Chanko—. Ella tiene razón, no se pueden hacer las cosas de ese modo.

—Escuchen —los miró furiosamente Mathiesson—, ustedes nos han dado un buen susto, pero por mí está olvidado. Ahora bien, yo no tengo intenciones de regresar a África sin haber zanjado este asunto cargándome a todos esos asesinos, ¿está claro? De modo que o nos traen ustedes una solución antes de pasado mañana, que es lo máximo que pueden tardar los militares de Liberia en llegar a Miami, o en cuanto ellos lleguen y se alojen en el *Diamond* nosotros enviamos a Rachel y Ursula con la carga explosiva. ¿Está claro?

—Gracias por el champán —dijo sonriente la bellísima Margaluz.

Capítulo VI

—¿Quién es?

—Soy yo, querida.

Margaluz abrió la puerta de la *suite*, y se quedó mirando a Chanko London, vestido con esmoquin de blanca chaqueta y sosteniendo en una mano una botella de champán y en la otra dos copas. Margaluz llevaba un precioso vestido de noche de tono amarillo pálido, que contrastaba deliciosamente con su negra piel resplandeciente.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó sorprendida.

—¿Todavía estás vestida? Creí que ya estarías en pijama, así que decidí venir ya. ¿O duermes en camisón?

Margaluz Ríos ladeó la cabeza, y se quedó mirando con gracioso gesto desconfiado a Chanko London. De pronto se apartó, y él entró en la *suite*. Ella cerró la puerta, y dijo:

—Yo también creía que tú estarías acostado.

—Preferí venir a pasar la noche en esta *suite*. En la mía hay goteras.

—¿Qué más da que haya goteras, si no llueve?

—En cualquier caso se me ocurrió que no sería mal recibido.

La expresión de desconfianza de Margaluz persistía. De pronto se echó a reír, lo que hizo fruncir el ceño al agente de la OUA. Ella le quitó las copas de la mano, le hizo seña de que la siguiera, y ambos entraron en el dormitorio. Margaluz colocó las copas sobre una redonda mesita situada cerca del ventanal que daba al Atlántico, y London descorchó la botella, le sirvió champán, se sirvió a sí mismo, y alzó la copa.

—Por los dos negros más embusteros del mundo —brindó Margaluz.

—Pero sin mala intención —masculló London—. Sólo quería asegurarme de que te quedabas en el hotel, a salvo.

—Y yo estaba esperando que tú te hubieras acostado para ser yo quien fuera esta noche a echar un vistazo al yate *Diamond* —rió Margaluz—. O sea, que queríamos engañarnos el uno al otro para ir a trabajar por nuestra cuenta…, y por eso los dos estamos vestidos, esperando que el otro se duerma. ¿No te parece lamentable que todavía nos estemos mintiendo después del día tan encantador que hemos pasado juntos?

Chanko London había soltado otro gruñido mientras ella hablaba, y de nuevo gruñó cuando terminó. Era cierto que habían pasado un día formidable juntos, tomando el sol en la playa, almorzando juntos, saliendo por la tarde a dar un paseo en coche por la costa hacia el norte, cenando luego juntos… Luego se habían despedido, intentando cada uno de ellos engañar al otro para continuar trabajando en solitario… Engaño que no había prosperado por ninguna parte.

Terminaron de beber mirándose, y, de pronto, los dos se echaron a reír.

—Nunca me he fiado de la CIA —aseguró London—, y todo esto confirma mi desconfianza.

—Tienes razón. Pero tú tampoco ibas a jugar limpio. Si en lugar de abrirte la puerta, me hubieras encontrado dormida, es decir, que no te hubiera abierto, ahora estarías camino del yate *Diamond*.

—De acuerdo. Y tú habrías ido allá en cuanto hubieras esperado un poco más para asegurarte de que yo me había quedado dormido en mi *suite*. ¿Qué pensabas hacer en ese yate?

—No lo sé, pero algo se me habría ocurrido. Por ejemplo, capturar a todas las personas que hay en él, ponerlas a salvo de modo que Mathiesson y Madinga no puedan eliminarlos enviando a sus dos angelitos con la carga explosiva sin decirnos que han tomado esa decisión, y una vez tuviéramos en nuestro poder a los militares del yate *Diamond* someterlos a una… conversación por medio de la cual comprenderían que debían decirnos todo lo que concierne a este asunto, a fin de que la CIA pudiera terminarlo sin más complicaciones.

—Es lo mismo que pensaba hacer yo.

—Bueno, puestas así las cosas, y ya que al parecer coinciden los intereses de la CIA y la OUA, tal vez podríamos ir juntos. Si me esperas me cambio en un minuto y bajo contigo a tu *suite*.

—De acuerdo.

La señorita Ríos Hinojosa terminó su copa de champán, fue a abrir el armario, y eligió unos pantalones y un jersey oscuros, que dejó sobre la cama. Se quitó el vestido, quedando en braguita y sujetador ante Chanko London, que la miraba fijamente, copa de champán en mano. Margaluz lo pensó mejor, y se cambió de sujetador, dejando por unos segundos a la vista del agente de la OUA sus espléndidos pechos vibrantes.

Y justo en el momento en que ella terminaba de ponerse el sujetador más completo que el otro, y Chanko se disponía a decir algo, Margaluz miró vivamente hacia la salita de la *suite* y acto seguido le hizo un gesto a Chanko para que permaneciera en silencio. Chanko también miró hacia la salita, pero no vio ni oyó nada.

—¿Estás armado? —susurró Margaluz.

—No, porque para venir aquí…

—Ssst.

Ella sacó del armario su maletín de viaje, y de éste su pistola, que tiró a las manos de Chanko. Acto seguido sacó un cepillo para el cabello, se sentó ante el tocador, y señaló la puerta del cuarto de baño.

—Escóndete ahí —susurró.

Chanko titubeó sólo un instante. Mirando por la rendija de la puerta vio a Margaluz sentada ante el espejo cepillándose lentamente el cabello. Ahora él también oyó un ruido fuera del dormitorio, y, casi enseguida, una voz de hambre en la puerta:

—Quédese como está.

Vio a Margaluz quedar inmóvil. Oyó las pisadas de dos hombres… Otros dos hombres. Otra pareja de asesinos.

En el dormitorio, Margaluz estaba mirando a los dos negros por medio del espejo, que los reflejaba tras ella.

—¿Cómo han entrado ustedes aquí? —preguntó.

—Déjese de estupideces —gruñó uno de los hombres—… ¿Dónde está Chanko London?

—En su *suite*. Nos despedimos hace…

—Sabemos que se despidieron —cortó una voz diferente—, y hemos querido visitar en primer lugar a London, pero él no está en su *suite*, así que pensamos que había venido aquí, y decidimos cazar

dos pájaros de un tiro. Pero ya que no está aquí… ¿dónde está?

—No tengo ni idea. Es decir, me atrevo a suponer que ese sinvergüenza me está engañando… ¡Seguro que ha ido a echar un vistazo al yate *Diamond*! ¡Y el trato que hicimos…!

—Cierre la boca.

—Y abra las piernas —rió el otro.

—Es una buena idea —apoyó su compañero, acercándose más por la espalda a Margaluz—. Podemos dedicarte diez espléndidos minutos de amor cada uno, y eso es lo que vamos a hacer si no nos dices dónde está el de la OUA.

—Ya les he dicho…

El hombre de detrás de Margaluz agarró el sujetador de ésta por el cierre, y lo arrancó de un tirón que casi derribó por el suelo a la bella. Acto seguido, tras guardarse rápidamente la pistola, el sujeto agarró a Margaluz brutalmente por los cabellos colocándola de cara a él, y su mano libre agarró grosera y dolorosamente un pecho de la muchacha, apretándolo.

—Escucha, perra, si no me dices…

Margaluz apretó el mango del cepillo para el cabello, que no había soltado, y apareció el fino estilete de acero por la punta, con una longitud de casi quince centímetros. El negro sólo se enteró de esto cuando, con seco gesto, la espía le hundió el estilete en el vientre. Se oyó el «chop» del acero contra ropa y carne en el feroz impacto, y el hombre abrió la boca en un gesto que tenía más de pasmo que de dolor. Soltó a Margaluz, retrocedió un paso, y mientras tanto el dolor recorrió velozmente todo su cuerpo, su sistema nervioso, e informó al cerebro de lo ocurrido. El hombre abrió la boca para gritar, súbitamente pálido, y Margaluz, cambiando la posición del brazo, le clavó ahora en el corazón el agudo acero, derribando al hombre fulminantemente muerto.

El otro también estaba muerto ya.

Tras el primer ataque de Margaluz a su compañero, y después del respingo causado por el sobresalto, intentó disparar su arma contra Margaluz, pero Chanko apareció en la puerta del cuarto de baño, y no sólo atrajo su atención, sino que disparó dos veces con la pistolita de Margaluz, metiendo las dos balas, casi juntas, en el corazón del negro, que se quedó de pie, entre aterrado y atónito, pero indiscutiblemente muerto.

La mirada de Chanko pareció saltar hacia Margaluz, que le hizo un gesto para que se tranquilizase. Con tentador movimiento de sus desnudos senos Margaluz se acuclilló junto al hombre que acababa de matar, y lo registró rápidamente. Chanko hizo lo mismo con el suyo tras depositarlo tendido en el suelo.

Se miraron.

—Ninguno lleva documentación, ni nada que pueda servir para identificarlo —dijo Chanko—. Como los otros. Pero seguro que son del mismo grupo.

—Si es lo que pensamos la cosa puede complicarse. Si estos hombres trabajan para la gente del yate *Diamond* está bien claro que conocen la presencia del yate Marfil, y lo están vigilando. Así que nos han visto, como vieron los otros a tu amigo Maoko, y han esperado a la noche para matarnos… Me pregunto qué estará pasando ahora en el Marfil: quizás hayan enviado allá otros asesinos.

—Vístete enseguida. ¡Echaremos un vistazo allá!

Margaluz se cambió de zapatos, se puso el pantalón y el jersey, sin acordarse de sujetador alguno, y salieron de la *suite*, dejando para más adelante notificar a la CIA que debía efectuar una limpieza en la *suite* 402. Chanko iba acomodando en su bolsillo la pistola de uno de los sujetos.

En el coche de Margaluz se trasladaron rápidamente al continente, y bajaron a buena velocidad hasta Yacht Basin. Dejaron el coche algo más alejado que las veces anteriores, y se acercaron rápidamente al embarcadero. Vieron el Marfil, y, en cubierta, identificaron a uno de los tripulantes, evidentemente haciendo guardia. Chanko y Margaluz cambiaron una mirada, ella encogió los hombros, y movió la cabeza hacia atrás. Segundos después estaban de nuevo sentados en el coche.

—En el Marfil todo está en calma —murmuró Margaluz—, así que tal vez sólo querían matarnos a nosotros. ¿Qué te parece que puede significar eso, Chanko?

—Te contestaré después de haber puesto en práctica mi idea.

—¿Qué idea?

—¿Tú crees que yo tengo aspecto de militar?

Margaluz se quedó mirándolo especulativamente antes de sonreír.

—¿Por qué no? Puedes parecer perfectamente un joven y apuesto oficial.
—No tan joven —gruñó Chanko.
—Entonces digamos un jefe de cierta graduación.
—¿Qué te parecería… el coronel Ikimto, por ejemplo?
—No conozco a ningún coronel llamado así.
—Claro que lo conoces, mujer —sonrió secamente Chanko—: está sentado a tu lado en este coche.
—Ya, ya. Pero escucha, Chanko, si se dan cuenta de que…
—Escucha tú: cuando se trató de hacer la incursión anoche acepté tu plan y te dejé la iniciativa, ¿cierto? Pues esta noche me toca a mí tener la iniciativa. Aparte de eso: ¿podrías tú pasar por un coronel del ejército de Liberia?
—Pues mira, si me lo propusiera y me dieras tiempo para caracterizarme…
—Déjate de tonterías, ¿quieres? Esta noche me toca a mí, y eso es todo.

* * *

El yate *Diamond* estaba en el mismo sitio en que lo vieron el día anterior, es decir, la noche anterior, cuando fueron a asegurarse de que existía, tras la charla con Madinga y Mathiesson.
En cubierta había dos hombres, y, aunque ya empezaba a ser un poco tarde, se veía luz a bordo.
Con paso firme, Chanko London se acercó, y recorrió la pasarela hasta la cubierta…, donde le estaban esperando los dos vigilantes de turno.
—¿Busca usted a alguien, señor? —preguntó uno de ellos.
—Busco al general Koro. Soy el coronel Ikimto, del Ejército de Liberia.
Los dos hombres parpadearon. Luego miraron hacia tierra firme, desconcertados.
—¿Viene usted solo?
—Por el momento, sí. Tengo que ver al general Koro.
—Espere aquí.
Uno de los vigilantes entró en el yate, del cual salió apenas medio minuto más tarde, acompañado de otro hombre, que miró al

coronel Ikimto como valorándolo, y le hizo una seña para que le acompañara. Dejando a los dos guardianes de nuevo en sus puestos, Ikimto y el otro se adentraron en el yate.

En el saloncito de éste había seis hombres, y la experta mirada del espía de la OUA los valoró y clasificó rápidamente: cuatro de ellos formaban parte del comando de acción, eran sujetos fuertes, jóvenes y duros. De los otros dos, el más joven, que debía de tener unos cuarenta años, tenía que ser el coronel Smithers. Y el hombre de más de cincuenta años y cabellos blancos y rizados no podía ser otro que el general Koro, ante el cual se cuadró respetuosamente el falso coronel Ikimto.

El hombre del cabello blanco asintió, y murmuró, hablando en uno de los dialectos sudaneses de Liberia:

—Coronel Ikimto, no tengo el gusto de conocerle.

—Era de suponer, señor. Sin embargo, he sido designado para adelantarme y comunicarle un pequeño retraso en la llegada de… las personas que está usted esperando.

—¿Ha ocurrido algo que deba preocuparnos?

—No, señor. Es simplemente una cuestión que podríamos definir como… discreción logística.

El general Koro y el coronel Smithers se miraron y sonrieron. Los cuatro jóvenes atletas negros del comando se relajaron. Dos de ellos murmuraron una despedida y desaparecieron por el pasillo hacia los camarotes; los otros dos se colocaron en ángulos del salón.

—Siéntese, coronel —invitó Koro—, y explíquenos cuáles son las dificultades.

—No tienen mayor importancia, de veras. Lo que sí nos tiene preocupados es lo del yate Marfil. ¿Cómo piensan resolver ese problema?

Koro y Smithers estaban mirando a Chanko como si éste, en lugar de hablar en el dialecto sudanés elegido por Koro, estuviera hablando en chino. Por fin, Koro murmuró:

—¿De qué está usted hablando?

—Pero señor… Esperábamos que ustedes lo supieran ya… Hay un yate cuyo nombre es Marfil, anclado no muy lejos de aquí, y cuyos ocupantes, lógicamente, deberían causamos seria preocupación.

—¿Quiénes son esos ocupantes?

—Los señores Onoro Mathiesson, de Sierra Leona, y Richard Madinga, de Liberia.

—¿Qué? —aulló Koro.

—¿No lo sabían ustedes?

—¡Claro que no! ¡Pero qué demonios! ¿Qué hacen en Miami esos dos?

—Caramba, mi general, yo diría que su pregunta es… infantil. Lo primero que se puede pensar al conocer la presencia de los señores Madinga y Mathiesson en Miami es que se han enterado del asunto y han venido aquí para intervenir en él…, y no creo que de modo favorable a nuestros propósitos. Nosotros creíamos que tenía usted controlada la situación, y precisamente me han enviado a mí por delante para asegurarme de ello y autorizar la llegada de los demás… Pero me temo que no podré dar esa autorización. Tal como están las cosas, las personas que usted está esperando deberán mantenerse alejadas del *Diamond*, por razones de la más elemental seguridad. Espero que lo comprenda, señor.

—¡Claro que lo comprendo! Maldita sea… Pero… ¿cómo es posible? ¿Cómo han podido enterarse Madinga y Mathiesson de esto?

—Bueno, mi general, usted ya sabe el dicho de que los espías espían a los espías… Es evidente que alguien traicionó nuestros planes, al menos en la medida necesaria para que los señores Mathiesson y Madinga dispusieran de la suficiente información para venir aquí y terminar de enterarse de todo. Eso… si no saben ya todo. Francamente, si hubiéramos sabido que usted ignoraba esto yo no habría venido aquí, pues resulta obvio que Madinga y Mathiesson deben de haber dispuesto que vigilen este yate…, así que ahora yo también estoy al descubierto. Esto se ha complicado mucho.

—No tanto como usted cree —gruñó el coronel Smithers—. Nosotros seguimos teniendo a nuestra disposición un grupo de hombres difíciles de vencer, y, en cualquier caso, podemos zarpar ahora mismo y escapar por sorpresa, para reorganizarnos en otro lugar.

—Si ahora nos movemos de aquí —susurró el general Koro— comprenderán que nos henos enterado de algo, y quizá se decidan a atacarnos, con lo que organizaríamos un escándalo tremendo que

no nos conviene en absoluto.

—Precisamente iba yo a decir lo mismo, mi general —dijo Ikimto—… Si me lo permiten, yo deseo hacer una sugerencia.

—Adelante, coronel.

—Propongo que no hagan nada. Sigan anclados aquí, con toda normalidad, aprovechando que, evidentemente, Mathiesson, Madinga y su gente están sólo a la expectativa; si no ven movimiento no se inquietarán. Mientras tanto, yo saldré del yate y me alejaré en busca de algún alojamiento. Por supuesto que me seguirán, pero cuando me vean instalándome en un hotel o motel creerán que tengo que hacer algo allí o esperar a alguien, así que me vigilarán… Mientras tanto, yo llamaré por teléfono a cierto lugar, y pasaré determinada contraseña y acto seguido informaré de la situación. Luego sólo tendremos que esperar que yo reciba instrucciones o que quienes ustedes ya saben resuelvan hacer algo directamente.

—Perfecto —aprobó Ambler Koro—… Pero estaba pensando que quizá debería enviar un par de hombres a ver si realmente está donde usted dice ese yate llamado Marfil.

—Hágalo —dijo fríamente el coronel Ikimto—, y que los hombres que sin duda están vigilando el *Diamond* se enteren de que por fin se han enterado ustedes de la presencia del Marfil en Miami. Ya veremos qué pasa entonces.

—Él tiene razón —farfulló Smithers—: no podemos hacer más que lo que ha dicho. O sea, no hacer nada, no movernos del yate, seguir como si nos creyésemos a salvo de todo y de todos.

—Bien —sonrió Ikimto—, espero que cuando hagamos la guerra no nos matemos unos a otros.

—Buena broma —sonrió Smithers, enseñando unos dientes blanquísimos excepto dos que eran de oro—…, pero no hay cuidado al respecto: como siempre, morirán sólo los desgraciados y parias de la vida, o sea, el pueblo. Los que tiramos la piedra y escondemos la mano siempre sobrevivimos.

—Maldita sea —rumiaba el general Koro—… ¡Con lo bien que estábamos planeando esta masacre controlada y ha tenido que surgir esta dificultad inesperada!

—Tal vez convendría avisar a los promotores de Sudáfrica —deslizó Chanko London.

—Nada de eso. Esa gente está financiando privadamente el asunto, y si les decimos que la operación tal vez ha sido detectada prácticamente en su totalidad es seguro que querrán desistir. ¡Y yo no estoy dispuesto a desistir de esta guerra que puede colocarme en la cumbre de mi carrera militar y quizás en la presidencia de Sierra Leona!

—A costa de miles de vidas —sonrió Chanko haciendo de tripas corazón.

—¿Para qué está la masa, sino para trabajar y morir? Escuche, coronel, ni se le ocurra avisar a Van Kroot y Devham de lo que está pasando, ¿de acuerdo? Déjelos que sigan esperando tranquilamente en el «Pequeño Paraíso» el resultado de los acuerdos entre el general Jenkono y yo para iniciar cuanto antes esta guerra controlada, y vamos a ver si podemos resolver el asunto sin que esa gente influyente de la República Sudafricana se entere, vamos a ver si hay algún modo de quitarnos de encima a Mathiesson y Madinga con su gente. ¿De acuerdo? Contamos con usted, coronel… y le diré al general Jenkono que le ascienda en cuanto sea posible, pues se lo merece.

—Gracias, mi general. Por mi parte quisiera hacerlo todo bien, pero se me está ocurriendo que nadie es infalible, y no quisiera que por un fallo mío o simple mala suerte ustedes se vieran en serios apuros… Bueno, la idea que acabo de tener es la siguiente: si en determinado momento yo viese muy comprometida la situación lanzaría una bengala roja que se vería en toda la bahía. Si tal cosa sucede, simplemente, señor, usted y sus hombres zarpen inmediatamente y no se descuiden hasta que estén a salvo.

—Buena idea —aprobó Koro—… Salude de mi parte a Jenkono.

La entrevista había terminado. El coronel Ikimto se puso en pie, saludó enérgicamente, y abandonó el yate.

Capítulo VII

—¿Lo ven? —exclamó Onoro Mathiesson—. ¡Ya les dijimos…!

—No hace falta que sigamos machacando el tema —gruñó Chanko—. Lo que importa es que les hemos engañado, y que nos hemos enterado de todo cuanto nos hacía falta. Incluso sabemos, por ejemplo, que en cierto lugar llamado «Pequeño Paraíso» hay dos sudafricanos, llamados Van Kroot y Devham, que sin duda son los que han puesto en marcha toda esta criminal operación. Por supuesto, Devham y Van Kroot tiene que ser gente muy importante, al menos financieramente, en la República de Sudáfrica, pero a esos vamos a dejarlos de momento, para ocuparnos de los militares.

—Ya les dijimos que atacar ese yate era una locura.

—¿Y quién habla de atacarlo? La idea de ustedes es la buena, así de sencillo: Ursula y Rachel van a colocar la carga explosiva, y cuando el barco zarpe y esté en un sitio donde su explosión no pueda perjudicar a gente inocente, ¡pum!, se le hace volar.

—Pero el *Diamond* no va a zarpar hasta que lleguen los militares de Liberia que están esperando —dijo Madinga—… Y entonces Koro se enterará de que ha sido objeto de un truco por parte del inexistente coronel Ikimto. Lo que haga a partir de entonces es imprevisible.

—Claro que no —intervino Margaluz Ríos—. Mire, señor Madinga, nosotros sabemos que el general Jenkono es el implicado en esto, de modo que la CIA se ocupará de él debidamente, venga o no venga a Miami, así como de los demás jefes u oficiales que hayan aceptado complicarse con él en esto. También la CIA nos localizará ese lugar llamado «Pequeño Paraíso». Mientras tanto, nosotros debemos darles una lección a las gentes que piensan y pretenden lo que pretende y piensa el general Koro. Y empezaremos por el propio general Koro, enviándolo al infierno esta misma noche.

—Pero si hacemos explosionar el yate en el embarcadero…

—No. El yate zarpará en cuanto nosotros lancemos una bengala roja. Y cuando zarpe, señor Madinga, ya deberá llevar colocada la carga. ¿Ustedes me comprenden?

Hubo unos segundos de silencio. En el salón del Marfil estaban reunidos Mathiesson, Madinga, London, Margaluz, dos de los marineros del yate, y las bellas Ursula y Rachel, que ahora sonreían, aunque un tanto ceñudamente.

Y fue una de ellas, Rachel, la que comprendió lo que había querido decir Margaluz Ríos.

—¿Quiere decir que Ursula y yo debemos ir ahora a colocar la carga?

—Si se atreven, sí —la miró irónicamente Margaluz—. Y piensen que deberán ir sin luces, salvo tal vez una pequeñísima linterna exclusivamente para la colocación de la carga. Bueno, yo comprendo que no se deben pedir imposibles, y que…

—Deje de provocamos —sonrió Ursula—: si el señor Madinga o el señor Mathiesson nos lo ordenan nosotras colocaremos las cargas.

—Pues entonces —miró sonriente Margaluz a los dos jefes del grupo—, ustedes tienen la última palabra.

—No hay ninguna duda al respecto —murmuró Mathiesson—: queremos cargarnos a esos criminales y eso es lo que vamos a hacer. Preparadlo todo para vuestro trabajo.

Ursula y Rachel abandonaron el saloncito, y Chanko pidió una bengala roja y la correspondiente pistola de señales para lanzarla, movilizando así a uno de los tripulantes, que fue en busca de este material.

Media hora más tarde, pasada la medianoche, Ursula y Rachel estaban totalmente equipadas con sus equipos de aire, aletas, lentes, para la excursión bajo el agua. En paquetes debidamente acondicionadas iban las cargas explosivas, ya conectadas a los pequeños receptores de ondas de radio que las harían explotar. Ayudadas por los cuatro tripulantes del Marfil, las dos buceadoras-asesinas descendieron al agua, bajo la cual desaparecieron silenciosamente, nadando hacia la pequeña cala donde se hallaba ubicado el Coral Reef Yacht Club, a menos de un cuarto de milla, pues el Marfil se había desplazado abandonando su amarre en Yacht Basin. El tiempo calculado para la operación a realizar por Rachel y

Ursula era de media hora como mínimo y cuarenta y cinco minutos como máximo, tiempo que el Marfil permanecería fondeado en el mismo sitio esperándolas.

En cubierta quedaron dos de los hombres, y los demás se adentraron en él en busca de acomodo para pasar el tiempo de espera.

Margaluz se sentó, pidió champán, y Mathiesson, sonriendo, ordenó a uno de los tripulantes que fuese a buscar una botella, que fue traída prestamente. Mathiesson y Madinga estaban satisfechísimos, y ofrecían amplísimas sonrisas perfectas para anuncios de dentífricos. La primera botella de champán se terminó enseguida, y Mathiesson pidió más. Él y Madinga reían continuamente, y se miraban felicísimos. Chanko se negó a beber más champán, y dijo que iba a cubierta a tomar un poco de aire fresco, lo que ocasionó risas. El agente de la OUA regresó apenas diez minutos más tarde, y Margaluz dijo entonces riendo que ella misma iba a buscar más champán. Parecía ebria, y también reía encantadoramente. Le guiñó un ojo a uno de los dos tripulantes que quedaban allí, y le dijo que le mostrase dónde estaban las botellas. El negro sonrió ampliamente, y se fue con ella pasillo adentro. Al poco regresó Margaluz sola, riendo y mostrando en alto una botella de champán. Se acercó al tripulante quedaba, y, sin más, le aplicó un rodillazo espantoso en los genitales. El hombre lanzó un bramido, dio un salto grotesco, y cayó encogido, cono muerto.

Mathiesson y Madinga, que reían, se quedaron mirando con atónito sobresalto a la bella Margaluz, que les sonrió de un modo que no les gustó nada. Y todavía les gustó menos ver que Chanko London había sacado una pistola y les apuntaba con ella firmemente.

—¿Qué pasa? —susurró Madinga—. ¿Qué significa esto?

—Ni Chanko ni yo hemos encontrado nunca un asunto como este. Por mi parte, después de mucho tiempo de conocer canallas como ustedes tenía la compensación de conocer gente opuesta a ustedes. Este caso es diferente: en este caso, Dios del cielo, ¡todos son criminales!

—¿De qué está hablando? —jadeó Mathiesson.

—Chanko ha comprobado que ustedes dijeron la verdad, que en el yate *Diamond* hay un montón de criminales. Pero ustedes no lo

son menos, señor Mathiesson. No comprendo cómo pueden ser tan tontos de creer que Chanko y yo somos tontos. ¿De verdad creyeron que no nos íbamos a dar cuenta?

—¿De qué?

—Vamos, señor Mathiesson… Mire, mis compañeros de la CIA ya estaban buscando a su grupo de asesinos partiendo del folleto turístico que tenía encima uno de ellos cuando lo matamos. Pero no ha hecho falta buscar el motel, porque los dos asesinos de esta noche han facilitado el asunto: esa gente que obedecía a quienes les mencionaran la palabra «Continental» eran unos auténticos criminales, pero todavía lo son más quienes los han estado utilizando, o sea, ustedes.

—¿Se ha vuelto loca? —chilló Mathiesson.

—No me venga con comedias, que en cuanto a eso nadie nos gana a los espías. Mire, señor Mathiesson, la gente del *Diamond* ni siquiera tenían idea de que nosotros existíamos, y la prueba está en que cuando Chanko se presentó como el coronel Ikimto se lo creyeron. Y si no sabían que existíamos nosotros ni ustedes… ¿cómo habían de enviar a nadie a matar al compañero de Chanko dentro del coche y luego a nosotros en Key Virginia y esta misma noche en nuestro hotel? Ustedes ordenaron la muerte de Alder Maoko, y la nuestra. Para su sorpresa, hemos ido saliendo con bien de esos atentados, pero como al mismo tiempo íbamos haciendo cosas que les resultaban útiles, pues no han insistido…, por el momento. Pero nos habrían hecho asesinar después de que esta noche les henos resuelto el problema de la presencia en Miami del general Koro y el coronel Smithers.

—Y no está loca —dijo secamente Chanko—. Ustedes están locos de remate.

—Claro que no, querido —dijo Margaluz—. Ellos tampoco están locos. Simplemente son tan malvados y criminales como Koro y sus cómplices. Es todo escalofriantemente sencillo; todos querían lo mismo, es decir, provocar esa guerra para aprovechar la confusión y colocar gobiernos favorables a sus negociaciones con la gente de Sudáfrica. Ha sido una pugna, una rivalidad entre ustedes dos y Koro y los militares, tan criminales son ellos como ustedes, persiguiendo el mismo objetivo de guerras, muertes y riquezas enormes para sus bolsillos. Ni siquiera tengo esta vez el consuelo de

que una de las partes sea buena y honesta. Cada día es todo peor, cada día está todo más deteriorado. ¿No es cierto, Chanko?

—Sí. El mundo es una mierda. ¿Para qué hablar tanto con gentuza como ésta? Deja de hablar, los mato y asunto terminado.

—De acuerdo.

La desorbitada mirada de Mathiesson y Madinga se clavó en Chanko London, que no tuvo la menor vacilación. Apuntó fría y serenamente con la pistola al pecho de Mathiesson, disparó, y le partió el corazón. Luego, cuando Madinga estaba lívido y con los ojos casi fuera de las órbitas, le mató del mismo implacable y feroz modo.

* * *

Margaluz y Chanko ayudaron a Rachel y Ursula a subir a bordo, y enseguida la primera preguntó:

—¿Lo habéis hecho? ¿Lo habéis conseguido?

—Desde luego —jadeó Ursula—... Ya te dije que podríamos hacerlo.

—Espléndido —sonrió Margaluz.

Chanko recogió la pistola de señales, y disparó la bengala roja, que esparció su luz sobre Biscayne Bay. Era imposible dejar de ver aquel resplandor, así que el vigilante de cubierta del *Diamond* avisaría al general Koro, quien daría las órdenes para que el yate zarpase inmediatamente…

—Esperaremos una hora —dijo Chanko—, así estarán lejos de cualquier sitio donde la explosión pudiera causar daños.

—Buena idea. Bueno, vamos adentro.

Terminaron de ayudar a Ursula y Rachel a desprenderse del equipo, y entraron al salón. Allá, para gran sorpresa de las dos nadadoras-asesinas, había cuatro hombres de raza blanca, tranquilamente sentados en el diván y en sillones.

Margaluz no dio tiempo a Rachel y Ursula a reponerse de la sorpresa.

—Son agentes de la CIA —explicó—. Se han hecho cargo de los cadáveres de vuestros jefes, y tienen a buen recaudo a vuestros compañeros de viaje. Sólo faltabais vosotras. No sé por qué tengo la impresión de que tardareis mucho, mucho tiempo en volver a

nadar.

Las dos bellas negras miraban fijamente a Margaluz, inexpresivos sus rostros. De repente en éstos apareció una feroz mueca de odio que los distorsionó, les privó de toda belleza… Espumeando por la boca y rugiendo como dos fieras, Ursula y Rachel se abalanzaron a la vez las dos contra Margaluz tendiendo las manos como garras, dispuestas a sacarle los ojos y, si podían, desgarrar su vientre y arrancarle las entrañas…

La menos sorprendida por el inesperado ataque fue precisamente Margaluz Ríos Hinojosa, que recibió a Rachel con un tremendo, escalofriante *tsuki* de karate sobre el seno izquierdo que paralizó su corazón en el acto, matándola de un modo brutal. Casi enseguida, Margaluz giraba esquivando el ataque de Ursula, cuyas garras pasaron rozando el rostro y pecho de la espía…

Plop, disparó Chanko London.

La bala impactó en el pecho de Ursula, reventó el traje de goma, y derribó a la bella negra con violencia sobrecogedora.

La señorita Ríos miró al señor London y dijo, secamente:

—Cuando necesite tu ayuda la pediré. ¿Quién te la ha pedido esta vez?

—Vete al infierno —masculló Chanko, guardando la pistola.

Este es el final

Hacía calor, pero allí, en el lujosísimo motel Pequeño Paraíso se pasaba divinamente. No sólo estaba construido cerca del mar en Playa Condesa de Acapulco, sino que tenía piscinas, un delicioso y frondoso parquecito para tomar la sombra, y, por supuesto, aire acondicionado en las cabañas, y, en fin, todo cuanto se pudiera adquirir con dinero en este materializado mundo sojuzgado por el dios dólar.

De modo que los señores Van Kroot y Devham lo estaban pasando divinamente.

Nada extraordinario, porque ellos lo pasaban divinamente siempre. No estaban allí, como otras personas, pasando unas vacaciones a veces conseguidas con ahorros y diversos sacrificios. Nada de eso. Ellos jamás hacían sacrificios, nunca tenían que ahorrar, y siempre estaban de vacaciones. La vida era una vacación perpetua para ellos. Que trabajen los demás, que sufran los demás, y, sobre todo, que mueran los demás si han de morir para que ellos se hagan cada vez más y más ricos.

Y si los que mueren son unos cuantos cientos de miles de negros, pues tanto mejor. Odiaban profundamente a los negros. Habían empezado en su infancia despreciándolos, en su pubertad los habían odiado, y luego habían pasado por otra etapa de desprecio, que finalmente había terminado en odio…

Tal vez por eso cuando Devham y Van Kroot vieron a la pareja de hermosos negros fruncieron el ceño, y sus miradas se nublaron. ¿Cómo era posible que la gerencia hubiera permitido que unos negros se instalasen en el mismo motel que los blancos? Esto no podía tolerarse ni en México ni en parte alguna.

La sorpresa fue imponiéndose a cualquier otra sensación cuando vieron que los dos negros se acercaban a ellos. El negro era un atleta formidable, y la mujer era hermosísima. Negra, pero

hermosísima. Cuando finalmente la pareja se detuvo ante ellos, los señores Van Kroot y Devham, que estaban a la sombra de su terraza tomando el aperitivo de antes de la cena no daban crédito a lo que veían sus ojos. ¿Aquellos negros se iban a atrever a hablar con ellos?

Pues no. No se atrevieron, a hablar.

Simplemente, Margaluz Ríos y Chanko London sacaron sus pistolas silenciosas, apuntaron hacia aquellos podridos corazones, y detuvieron para siempre su marcha partiéndolos de sendos balazos.

Luego, los dos espías se fueron a cenar juntos para despedirse. Chanko London sabía ya quién era Margaluz Ríos…, y sabía ya también que, en ocasiones, los espías aman a los espías…

FIN

Notas

[1] Véase la aventura *Soñar en Siberia*. < <